



Francisco Martínez de la Rosa

Amor de padre

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Francisco Martínez de la Rosa

Amor de padre

Drama histórico

Advertencia

Esta es la única de mis composiciones dramáticas que hasta ahora no se haya sometido al juicio del público ni representada, ni impresa. Hacía largo tiempo que, a causa de graves ocupaciones y cuidados tenía abandonado el cultivo de este campo de la amena literatura, cuando en el año de 1849, hallándome en Nápoles con un grave cargo, se me ocurrió emprender la composición de este drama, como por vía de distracción y pasatiempo.

Tal vez el apacible clima y el hermosísimo cielo contribuyeron a despertar en mi ánimo el amortiguado gusto a la poesía; pero de seguro contribuyó a ello la circunstancia de hallarme hospedado en casa de mi amigo el duque de Rivas, embajador de S. M. C. en la corte de las Dos Sicilias. Sabido es su afición a la poesía y al teatro, que con tanto éxito ha cultivado; y apenas le insinué mi pensamiento, lo juzgó en tales términos y me estimuló de tal suerte, que al cabo puse manos a la obra.

Es de advertir que el argumento de este drama rodaba en mi cabeza, si así puede decirse, desde que leí la historia de la Revolución francesa, si bien había olvidado hasta el nombre del principal personaje. Un padre que toma el nombre de su hijo para salir por él al cadalso, y la situación de éste, al enterarse de semejante sacrificio, me parece que es una de las situaciones capaces de despertar con más fuerza en el ánimo de los espectadores el terror y la compasión, sentimientos tan propios de esta clase de composiciones.

Con este propósito, y con objeto de darle todavía colorido más fuerte, me pareció conveniente encerrar este sangriento episodio en un gran cuadro, que representase la situación de la Francia en aquella época, sin ejemplo en la historia.

El punto culminante me pareció ser el día en que cayó Robespierre y su partido, pues desde entonces puede decirse que con más o menos rapidez comenzó a descender la revolución.

Aquel momento ofrecía también una singular ventaja, pues es imposible, aun poniéndose a imaginarlo de propósito, ofrecer un cuadro tan variado, tan lleno de alternativas y de peripecias como el que presentó, en el término de veinticuatro horas, la capital de la República francesa.

Una vez concebido el plan, procuré, en cuanto estuvo a mi alcance, ofrecer con fidelidad el retrato de los varios partidos en que estaba dividida aquella malhadada nación.

En el desarrollo del argumento mis conatos se encaminaron a que creciese, en cuanto me fuese dable, el interés del drama, dividiéndole en los actos que parecían reclamarlo, y presentaba cada uno de ellos un cuadro distinto.

Nada diré del estilo ni del lenguaje; sólo sí que cada día me afirmo más en el concepto de que debe procurarse huir de toda afectación y afanarse por alcanzar la mayor sencillez.

Terminado el drama, se leyó delante de algunos españoles, que a la sazón residían en la corte de las Dos Sicilias, y alentado con el efecto que produjo, se decidió el autor a que se representase en España, poco después de volver a su patria.

Brindábase a ello la circunstancia de haberse planteado el pensamiento de restaurar el teatro español, que tanto lo había menester, y que con tantas veras reclamaba la solícita protección del Gobierno.

Desconfiando de su propio voto, y tal vez no reputando bastante imparcial el de sus particulares amigos, reunió el autor a algunos de ellos con otros literatos que a esta circunstancia allegaban la de ser autores dramáticos de merecida reputación.

Su opinión se mostró sumamente favorable al drama, y alentado con un voto de tanto peso, decidióse el autor a que se representase.

Mas antes de que se verificase, vino a tierra el plan de reforma del teatro y se deshizo la comenzada obra, de cuyos resultados el secretario de la Junta Gubernativa, creada al efecto, devolvió al autor el original de su obra, manifestándole el motivo de semejante determinación.

La situación en que desde aquella época ha quedado el teatro es tan notoria como lamentable; siendo tanto más de sentir cuanto que abundan autores de gran mérito que pudieran levantar nuestra escena a una altura desconocida desde los tiempos de Felipe IV.

Devuelto el manuscrito de este drama, ha dormido con otros durante algunos años, y quizá no hubiera salido a luz, a no ser por la circunstancia de haber decidido el autor publicar la colección completa de sus obras dramáticas. Una vez formado este propósito, era natural que le ocurriese el deseo de no dejar sepultada en el olvido una composición que tan extraña suerte había corrido y que presentaba más de un título en su abono.

Tal como se escribió entonces se da a la prensa ahora, sin haber hecho en el drama ni la más leve alteración; al público imparcial toca el calificarle.

Personas

EL MARQUÉS DE MONTFLEURY, capitán de navío retirado.
MATILDE, su hija.
M. DE LOYZEROLE.
EDUARDO, su hijo.
JUAN, criado antiguo del marqués.
ROSALÍA, aya de Matilde.
JULIETA, sobrina de Rosalía.
ROBERTO, comisario de la República.
PRIOR DE LA CARTUJA.
UN NOVICIO.
UN POSADERO.
SU MUJER.
CAPITÁN DE BANDOLEROS.
DOS BANDIDOS.
ALCAIDE DE LA CÁRCEL.
SU HIJO.
COMISARIO DEL TRIBUNAL REVOLUCIONARIO.
AGENTE DE POLICÍA.
COMANDANTE GENERAL HENRIOT.
HOMBRE DEL PUEBLO 1.º PRESO 1.º
HOMBRE DEL PUEBLO 2.º PRESO 2.º
HOMBRE DEL PUEBLO 3.º PRESO 3.º
MUJER DEL PUEBLO 1.ª PRESA 1.ª
MUJER DEL PUEBLO 2.ª PRESA 2.ª
MUJER DEL PUEBLO 3.ª PRESA 3.ª
PRESOS, GENTE DEL PUEBLO Y GENDARMES.

La escena en Francia, en el mes de julio de 179...

Acto primero

El teatro representa una sala pequeña de una casa de campo, adornada con muebles antiguos. Una puerta en medio que da al campo, y otras que conducen al interior de la casa. Hay colgado un retrato del marqués y otro que se supone de en mujer; un tocador. Es de noche

Escena I

MATILDE, ROSALÍA. MATILDE vistiéndose de aldeana.

ROSALÍA.- Vamos, hija mía; es menester que tengas más ánimo... Hazte juicio de que te estás disfrazando para un baile de trajes... Así como así, te sienta mejor que el que estrenaste ahora tres años... ¿No dices nada?

MATILDE.- ¿Y qué quieres que diga, si me está ahogando la pena que tengo aquí en mi corazón?

ROSALÍA.- Lloro, hija, desahógate; pero cuidado, que si vuelve tu padre vas a afligirle más; ¡y hartas penas tiene el infeliz!

MATILDE.- Ya lo sé, y por eso es mayor mi tormento. Tener que parecer tranquila cuando se me está despedazando el alma; animar a mi padre, consolarle, sostenerle en su resolución cuando dejo aquí tantos recuerdos, tantas esperanzas... ¡Sería menester ser de piedra para no sentirlo...!

ROSALÍA.- Nadie lo conoce mejor que yo... Tú sabes el cariño que te tengo desde que tu madre, que esté en gloria, te dejó aún muy niña en mis brazos... Deja que te estreche en ellos, siquiera en memoria de aquella santa señora, que está mirando desde el cielo. (La abraza.)

MATILDE.- En esta casa he nacido, aquí me he criado, aquí recibí la bendición de mi madre pocas horas antes de morir... ¿Cómo he de alejarme de estos sitios sin tener siquiera la esperanza de volverlos a ver en mi vida?...

ROSALÍA.- ¡Pues no faltaba más! ¿Crees que va a durar siempre este infierno en que han convertido a la Francia?... No, hija mía; Dios tendrá piedad de nosotros; los malvados llevarán su merecido y volverán los buenos... Sí, volverán, mal que le pese al diablo... Lo que importa ahora es salvarse de la tormenta poniendo tierra de por medio...

MATILDE.- ¡Ay!...

ROSALÍA.- ¿A qué viene ahora ese suspiro? ¿Por qué bajas los ojos y te pones encarnada? ¿Te parece que yo no lo adivino?... Que lo sientas, es muy natural...

-MATILDE.- Me he criado con él cual si fuese mi hermano; le veía todos los días, a todas horas, a cada momento; no sabía estar sin él, ni él sin mí; nuestros juegos eran unos mismos, unos nuestros pensamientos, nuestros deseos... Y cuando estaba próximo el instante de nuestra felicidad, cuando iba a unirme por toda la vida al único hombre que he amado, al único que, amaré en el mundo..., entra la discordia en las familias, crece la enemistad entre nuestros padres y hasta nos prohíben habernos, vernos...

ROSALÍA.- ¡Maldita sea la revolución y quien la trajo, amén!... Por su culpa están las familias desunidas, reñidos los hermanos, enemistados los padres con los hijos... ¡Hasta mi pobre Matilde es víctima de ella....!

MATILDE.- Mientras vivíamos cerca alimentaba la esperanza de que un día se reconciasen nuestros padres; han sido íntimos amigos, se aprecian en el fondo de su corazón y sólo estos malditos partidos han podido dividirlos así... Pero en yéndonos de aquí, en hallandome en tierra extranjera, sin saber siquiera si vive Eduardo, si me ha olvidado, si aún me ama... ¡Mejor quiero morir mil veces que vivir en esta incertidumbre!...

ROSALÍA.- Parece que te complaces en atormentarte... Nunca son tan grandes los males como nos los nuestra imaginación...

MATILDE.- ¿Y qué remedio cabe, nos vamos a apartar para siempre?... Yo no he querido irme sin decírselo... Temía que me culpase, que atribuyese a otra causa mi silencio; pero carta que le he escrito no llegará a sus manos, sino veinticuatro horas después partida... Ya no tendrá remedio... ¿Crees tú que lo sentirá mucho?

ROSALÍA.- ¿Pues no lo ha de sentir si el señorito Eduardo es un ángel y os quiere más que a las niñas de sus ojos?... ¡Buena pesadumbre le aguarda cuando llegue a saberlo!...

MATILDE.- Ya he encargado el a Juan lo que tiene que hacer...

ROSALÍA.- ¿Juan ha llevado la carta?... Pues ya se echó todo a perder.

MATILDE.- No lo creas; yo no sé, por qué siempre estás de riña con ese viejo honrado...

ROSALÍA.- Porque es muy hablador y porque en todo se mete; y porque a trueque de no oírle contar sus viajes a América y sus combates con los ingleses me iría yo...

Escena II

Dichos. JUAN, abriendo con tiento la puerta de afuera.

JUAN.- Gracias, señora Rosalía; con una compañera de tantos años tengo bien guardadas las espaldas... Se conoce que es el cumplido de despedida...

ROSALÍA.- Yo no le quiero mal; pero con ese maldito genio...

MATILDE.- Dejaos de tonterías... (A Rosalía.) Ve y acaba de arreglar las cosas... (A Juan.) ¿Has hecho bien lo que te encargué?...

JUAN.- ¡Toma, si lo he hecho bien! Y no hay miedo que no reciba la carta...

MATILDE.- ¿Cómo?

JUAN.- Si se la he entregado en manos...

MATILDE.- ¿Qué has hecho, Juan? ¡Me has perdido!...

JUAN.- Pero ¿por qué?... Yo hecho lo que usted me mandó: llegué a la casa de campo, pregunté por su ayuda de cámara... No está... Por el otro criado... Tampoco... A ninguna mujer no le quise entregar la carta, ¡porque todas son tan habladoras!... Bajé a la cuadra y me puse a hablar con el que cuida los caballos... En esto vuelvo la cara y oigo el trote de uno que llega... Dicho y hecho: era el señorito Eduardo que venía por la veredita de la derecha... Apostaría que había estado en aquel altozano desde donde se descubre esta casa... Así que me vio se inmutó... Yo no le di la carta, no, señora; él me la tomó... Clavó los ojos en ella... La leyó para sí dos o tres veces...

MATILDE.- ¿Y qué te dijo?

JUAN.- Es menester que yo la vea...

MATILDE.- ¿A quién?

JUAN.- Yo no sé... No repetía más que eso... A mí me pareció que estaba loco... Tenía los ojos tan desencajados que me daba compasión el verle... Luego me hizo mil preguntas... Tan sin atadero... Ni aguardaba siquiera mis respuestas... «¿Adónde van? ¿Qué camino llevan? ¿Qué camino llevan? ¿Cuándo podré reunirme con ellos?...» Yo no sé cuántas cosas más...

MATILDE.- ¿Y tú qué respondiste?

JUAN.- ¿Qué le había de responder?... Todo cuanto sabía...

ROSALÍA.- (Acercándose.) ¿Ve usted, señorita, si tenía yo razón?...

MATILDE.- ¡No sabes, Juan, el daño que me has hecho!...

JUAN.- ¿Y por qué?

MATILDE.- ¡Qué va a ser del infeliz y que va a ser de esta desventurada!...

JUAN.- No hay que afligirse, señorita...

MATILDE.- ¿Cómo quieres que no me aflija, sí tengo un puñal en el corazón?... Yo no quería que lo supiese hasta después de haberme alejado...

JUAN.- Pues, según le dejé, es capaz de haberme seguido...

MATILDE.- ¡Qué dices!... (Sobresaltada.) Mira cómo tiemblo de sólo imaginarlo...

JUAN.- ¿Y qué mal habría en eso?... Hablarse unos momentos, despedirse, quedar en el modo de cartearse durante la ausencia, de reunirse tal vez... ¿Qué hay en eso de malo?... El uno ha nacido para el otro; y lo que está de Dios ha de ser, más tarde o más temprano.

ROSALÍA.- (Acudiendo hacia los otros.) Me parece que oigo ruido en la puerta...

MATILDE.- ¿Quién puede ser a estas horas?

JUAN.- ¡Yo lo veré!... El contraamaestre Juan no le ha visto nunca la cara al miedo... (Acercándose a la puerta de afuera.) ¿Quién está ahí?... ¿Que abra? ¡Pues no es mala la pretensión! Más alto, que se conozca la voz... Ahora, sí... Señorita... (Haciéndole una seña.)

MATILDE.- ¿Qué vas a hacer?

JUAN.- Si no le abro es capaz de echar la puerta abajo...

Escena III

Dichos, EDUARDO.

MATILDE se arroja sobre una silla en la mayor aflicción; EDUARDO corre hacia ella y le habla con vehemencia; JUAN y ROSALÍA Se apartan hacia el fondo de la escena, entrando y saliendo de cuando en cuando, como para hacer los preparativos de viaje.

EDUARDO.- ¡Matilde mía!... ¿Por qué tiemblas así?... ¿No respondes?... Tienes la mano helada... Una palabra, una sola siquiera...

MATILDE.- Deja, déjame, por Dios, Eduardo...

EDUARDO.- ¡Que te deje!... ¿Y es así como me recibes cuando traigo traspasada el alma?... Yo estaba triste... Afligido más que otros días... No parece sino que el corazón me anunciaba alguna desgracia... Vine cerca de tu casa por ver si te divisaba de lejos... Y ni aun tuve ese consuelo... Al volver recibo tu carta... Y al leerla me quedé muerto. La sangre se me heló en las venas... Mas no perdí un instante, corrí a buscar a mi padre y por desgracia no lo hallé... Entonces volé sin saber yo mismo lo que me hacía, y a los pocos momentos me hallé a la puerta de tu casa... Ya estoy a tu lado, Matilde; ¿quién en el mundo podrá separarnos?

MATILDE.- ¡Eduardo!...

EDUARDO.- ¿Por qué me miras así?¿Imaginas acaso que estoy loco?... Lo estoy sí; te lo juro; ¡primero que nos separen me arrancarán la vida...

MATILDE.- ¡Cálmate, Eduardo mío! Si viniera mi padre... Si te encontrara aquí... Yo me caía muerta de vergüenza.

EDUARDO.- ¿Y por qué? ¿No vas a ser mi esposa? ¿No lo ofreció él mismo? ¿No tiene que suceder, aunque se opongá el cielo y la tierra?

MATILDE.- Me da pena, Eduardo... Me da pena de verte así...

EDUARDO.- Yo me tranquilizaré... Pero escúchame... No me hagas reflexiones... Todas las he hecho yo... Y he tomado mi resolución... Oye... En cuanto vuelva me arrojo a los pies de mi padre...

MATILDE.- ¿Para qué?

EDUARDO.- Oye; yo te lo ruego... Mi padre me ama con la mayor ternura; no tiene más hijo que yo, y todo su cariño se ha reconcentrado en mí... Sabe que yo te adoro, que no puedo vivir sin ti, que tu separación me cuesta la vida... No lo dudes, accederá a mis deseos, dejará también esta tierra desventurada y os seguiremos donde quiera...

MATILDE.- ¡Qué ilusión, Eduardo! Tu pasión te pone una venda en los ojos ¿Cómo lo imaginas posible?

EDUARDO.- ¿Y por qué no? Mi padre ha pensado ya más de una vez alejarse de la Francia, donde es imposible vivir mientras la tiranizan esos malvados... Mis ruegos, mis instancias acabarán de decidirle... Nuestro enlace ha sido el pensamiento, el anhelo, el afán de toda su vida... Nuestra felicidad iba a ser su felicidad, nuestra dicha es su dicha... ¿No recuerdas, Matilde, que alguna vez llegó a darte el dulce nombre de hija?

MATILDE.- Y esos recuerdos son los que me hacen más infeliz...

EDUARDO.- ¿Y pudieras renunciar a esperanza?... No, amor mío; no pueda más que ese recurso, y es menester tentarlo... Si consigo que mi padre condescienda en ello no tengo duda de que el tuyo dará su consentimiento... A pesar de sus preocupaciones tiene un corazón excelente, te ama con delirio y no querrá hacerte desdichada por toda la vida.

MATILDE.- Tus palabras me sirven de consuelo..., pero..., ¡tengo tan pocas esperanzas!...

EDUARDO.- ¡Así, Matilde, así!... Estrecha mi mano... ¿Cómo quieres que renuncie a esta felicidad?... Ser tu esposo, llamarte mía, vivir para ti...,Sólo para ti... Yo no tengo ambición, y desprecio el mundo... ¡Le veo tan pequeño, tan miserable!... Tú, tú sola tú serás mi ocupación, mi dicha... No pensaré sino en ti, no me separaré de ti en tus brazos me hallará la muerte...

MATILDE.- Eduardo mío, tus palabras me hacen mal... Y no sé por qué... ¡He padecido tanto, que hasta la imagen de la felicidad me oprime el corazón! ¡Mentira me parece que hemos de ser dichosos!... (Volviendo la cara con sorpresa.) Creí que sonaba ruido... ¡Si viniera mi padre!... Vete, Eduardo, vete; yo te lo ruego... Estoy tan sobresaltada, tan fuera de mí, que me lo van a cono.:», cer en la cara...

EDUARDO.- Tienes razón... ¡Pero me cuesta tanto trabajo apartarme de eso que va a ser por poco tiempo...

MATILDE.- ¡Por poco tiempo!...

EDUARDO.- Sí, yo te lo ofrezco... ¿No tienes confianza en mí?

MATILDE.- Sí Eduardo; ¡pero somos tan infelices!... ¡Vamos a correr tanto riesgos!...

EDUARDO.- No te aflijas, Matilde, mía; ¿cómo quieres que te deje así?

MATILDE.- Ya no lloro... ¿Lo ves?.. Estoy más serena... Pero vete, Eduardo... Mira que si vienen me muero.

EDUARDO.- (Besándole la mano) Adiós, ángel mío...

MATILDE.- ¡Adiós!

EDUARDO.- (Al salir.) ¡Quién en el mundo más dichoso que yo!...

MATILDE.- Ve, Juan, y cuida de que no le vea nadie... No te apartes de mí, Rosalía... Apenas puedo tenerme en pie...

Escena IV

MATILDE y ROSALÍA.

ROSALÍA.- ¿Quién ha acertado, señorita? Estaba yo segura y le conozco como si le hubiera parido... Desde que era así, tamañito, descubría tan buen natural y era ya tan guapo... ¡Qué distraía estás, hija mía!... No atiendes a lo que te digo...

MATILDE.- Si le viese alguien... Si al salir le hallase mi padre...

ROSALÍA.- Siempre te pones en lo peor... ¿Para qué necesitas más enemigo que tú?... Parece que lo haces adrede.

MATILDE.- No falta más sino que me riñas.... cuando me ves en el estado que estoy...

ROSALÍA.- Es riña de cariño por lo mucho que me duele el verte padecer... ¿Te parece que todos no Padecemos aquí, en nuestros adentros?... Yo voy a separarme de ti por la primera vez... Y ya ves cómo estoy... Serena... Esta lagrimilla es que tengo malos los ojos... (Matilde se le acerca con muestras de cariño.) Nada de ternezas ahora... Lo que es menester es despachar pronto... ¡Julieta!... ¡Julieta!... ¿Dónde se habrá metido esta sobrina?...

Escena V

Dichos. JULIETA.

JULIETA.- Estaba allá adentro...

ROSALÍA.- Recoge todo eso y mételo en el escondite... Ya sabes... Ahora es menester vivir muy alerta, y más en yéndose los señores... ¡Hay tanto bribón por el mundo!...

MATILDE.- ¿Y quién nos ha de querer mal a nosotros?... Mí padre no ha hecho más que beneficios a todas estas gentes...

ROSALÍA.- Pues por lo mismo, hija mía; se conoce que no has visto el mundo sino por un agujero, como suele decirse... En tiempos revueltos salen de debajo de la tierra los ingratos como los gusarapillos después de una tormenta... Sin ir más lejos... ¿No estás viendo lo que pasa con Roberto? Su padre y su abuelo fueron colonos de la casa... Tu padre los ha librado de mil apuros; a ese mismo Roberto lo sacó de pila y le costeó los estudios... ¿Y cómo le paga ahora?... No hay jacobinazo más perro en toda la comarca; desde que le han hecho comisario de aquellos diablos no se le puede sufrir... ¡Qué facha tiene con aquel gorro! ¡Qué miradas tan atravesadas!... Todo él es envidia y ponzoña; cuando ve la hacienda de un rico parece que dice en sus adentros: «Ya que no es mía, hemos de arrancarla.» ¡Dios nos libre! (Julieta se va con los trajes que se ha quitado Matilde.)

Escena VI

MATILDE, ROSALÍA y JUAN.

JUAN.- Ya se fue sin ningún accidente; y hasta salí a su lado, para que Otelo no le ladrase.

MATILDE.- ¿Crees que le podrá suceder algo?...

JUAN.- ¿Qué ha de sucederle?

MATILDE.- Desde que andan las cosas así está una siempre tan asustada que parece como que falta la respiración...

Escena VII

Dichos. JULIETA.

JULIETA.- Al portón de la huerta están llamando... Quizá sea el señor, que habrá preferido aquel camino por ser más excusado.

MATILDE.- Ve, Juan, no te detengas.

JUAN.- Allá voy, y por si van mal dadas llevo a babor y a estribor este par de esmeriles. (Enseñando las pistolas.)

Escena VIII

Dichos, menos JUAN.

ROSALÍA.- Siempre con sus guapezas... Bueno era él para quedarse en esta casa, que parece un palacio encantado, sin más que esta muchacha y el hortelano... Pero yo no tengo miedo...¿Qué le han de hacer a esta pobre vieja?... ¿Qué rezas tú entre dientes?...

JULIETA.- Yo, nada... Pero, la verdad, desde que cuentan cosas tan terribles... No hay noche que no sueñe con ellas.

JUAN.- (Desde afuera al marqués.)Ninguna novedad ha ocurrido. (Entran Juan y el marqués; salen Rosalía y su sobrina.)

Escena IX

MATILDE, el MARQUÉS, JUAN.

MARQUÉS.- (A Juan.) Ve a ponerlo todo corriente... Ya es la hora y no hay que perder tiempo. (Sale Juan.)

Escena X

MARQUÉS, MATILDE.

MARQUÉS.- Hija mía, ¡qué linda estás con ese traje!...

MATILDE.- ¿Os parezco bien?

MARQUÉS.- Más hermosa que nunca. (Acercándose a ella.) Pero me parece, que tienes los ojos llorosos...

MATILDE.- Es aprensión, padre mío; ¿por qué había de llorar?...

MARQUÉS.- Me pareció... Y nada tendría de extraño... Tú no has vivido aún lo bastante para que a fuerza de desengaños te se endurezca el corazón... Pero hablemos de otra cosa... Todo está ¿no es verdad?

MATILDE.- Sí, señor; y ya estaba yo inquieta al ver que tardabais más de lo acostumbrado...

MARQUÉS.- Lo he hecho adrede; me he detenido más en el pueblo para que viendome ahí hasta entrada la noche no sospechasen mi próxima partida... En estos tiempos de libertad tiene uno que guardarse hasta de su sombra... Y en habiendo cometido el crimen de nacer noble y rico... ¡Oh! Entonces... No hay más que dos caminos: el de la emigración o el de la guillotina... No te aflijas, hija mía, que ya he tomado mi partido y Dios nos sacará de todo con bien ¡Juan!...

Escena XI

Dichos, JUAN.

JUAN.- ¡Señor!... Aquí está esto, me parece os ha de venir de molde(Le da una levita.)

MARQUÉS.- Ya todo me es igual er, mundo... Lo mismo andaré con sayo que con mi uniforme de marino...

MATILDE.- Yo os lo pondré, papá...

JUAN.- Qué tiempos aquéllos, señor!... El diablo no andaba suelto como anda ahora.

MARQUÉS.- (Acercándose a una puerta.) ¡Rosalía!... ¡Julieta!...

Escena XII

Dichos, ROSALÍA, JULIETA.

MATILDE.- ¿No queréis despediros de mí?... Un abrazo y muy apretado... Un abrazo cada una. ¡Tú eres la que lloras ahora y antes me reñías a mí!... De todos los de casa yo soy la que tengo más valor... ¿No hago bien, padre mío?

MARQUÉS.- Sí, Matilde, y no sabes consuelo que me das con verte así tan animada... (A Rosalía.) Cuidado con todo lo dicho...

ROSALÍA.- Ya estoy...

MARQUÉS.- No hacer ninguna novedad en casa... Enviar al mercado todos los días... Al hortelano que tenga e dado con lar, puertas... Y si alguien preguntase por mí, que estoy indispuesto... Que me hallo recogido... Así... ¿Estás?

ROSALÍA.- Ya...

MARQUÉS.- El caso es que no puedan sospechar mi partida hasta que ya estemos distantes...

ROSALÍA.- Bien...

MARQUÉS.- (Alargándole la mano) Adiós, buena mujer... ¡Dios querrá que llegue el tiempo en que pueda pagar tanta lealtad y tanto cariño!...

ROSALÍA.- Lo que es menester es que Dios os lleve con bien... Que por mi parte estoy ya pagada...

MATILDE.- (Abrazándola.) ¡Rosalía!...

ROSALÍA.- ¡Hija!...

MATILDE.- Ven también, ven tú...

JULIETA.- ¡Señorita!...

MATILDE.- No me llames así... ¿No te has criado conmigo cual si fueses mi hermana?...

JUAN.- ¡Mi capitán! Si no pone usía orden en esta tripulación, quedamos aquí encallados y nos vamos todos a pique.

MARQUÉS.- Tienes razón... Vamos, hija mía... (A Juan.) Ve tú guiando y saldremos por la huerta, que es mucho mejor...

JUAN.- Yo voy delante, a la descubierta, como buen militar...

MATILDE.- (Se vuelve, abraza otra vez a Rosalía y a Julieta y corre hacia el marqués.) ¡Ah! Padre mío... Apoyado en mi brazo... Así no os faltarán fuerzas, aunque vayamos al fin del mundo.

Escena XIII

ROSALÍA y JULIETA.

ROSALÍA.- (Después de un breve silencio.) Basta de lloros... Basta...

JULIETA.- Yo tenía el corazón tan oprimido...

ROSALÍA.- Lo mismo me ha sucedido a mí, y eso que me parecía mentira que después de llorar a mi esposo había de volver a llorar en el mundo. Pero estos amos son tan buenos... ¿Cómo no se les ha de tener cariño?... Y luego hablan mal de ellos esos bribones que no sirven ni para descalzarlos... ¡Si les cayeran encima las maldiciones que yo les echo, no tendrían ni un pelo en la cabeza... Vamos a ponerlo todo como corresponde, a rezar nuestras oraciones... Y hoy hemos de rezar doble, por nuestros buenos amos... Y después, con el favor de Dios, a descansar hasta otro día... (Al ir a entrar por una puerta interior se detiene y dice:) ¿No oyes?... Me parece que ladra el perro...

JULIETA.- Tal vez habrá sentido pasar gente por el camino...

ROSALÍA.- Y ladra más fuerte... No hay duda que ha sentido algo... (Acercándose hacia la puerta que conduce al campo. Oyen a lo lejos unos golpes.)

ROSALÍA.- ¡Dios mío!...

JULIETA.- ¡Qué será de nosotras, tía mía de mi alma!...

ROSALÍA.- Calla, muchacha, y no me agarres así... Y este Pedro, ¿dónde estará metido que no acude siquiera?... ¡Pedro!... ¡Pedro!... (Suenan otros golpes más fuertes.) Aun cuando se lo hubiese tragado la tierra tenía que oír esos golpazos... Toma esa luz, muchacha...

JULIETA.- Si no puedo moverme con el temblor que tengo...

ROSALÍA.- ¡Qué vergüenza!... Yo iré...

JULIETA.- Pues tampoco me quedo sola... (Se coloca detrás de su tía. Al ir a salir se oye un estrépito, como de forzar una puerta, y se oye ruido de pasos precipitados; una y otra retroceden despavoridas.)

Escena XIV

Dichos. ROBERTO, seguido del AGENTE DE POLICÍA y de otros cuantos.

ROBERTO.- ¿Dónde está ese aristócrata?...

ROSALÍA.- ¿Quién?

ROBERTO.- Tu amo.

ROSALÍA.- ¿Mi amo?... Está indispuerto... Y se ha acostado temprano...

ROBERTO.- Dile que el comisario de la República tiene que verle.

ROSALÍA.- ¿Cuándo?

ROBERTO.- Ahora.

ROSALÍA.- ¿Ahora?.

ROBERTO.- Ahora mismo. ¿No lo has oído? ¿Qué tardas?...

ROSALÍA.- Es que el año estará. ya durmiendo..., y cuando lo despiertan, regaña...

ROBERTO.- ¡Lindo reparo!... Pasaron ya los tiempos en que los aldeanos estaban apaleando las lagunas para que el ruido de las ranas no interrumpiese el sueño de los señores... ¿No has ido todavía?... Yo iré... está ahí.

ROBERTO.- ¿Pues dónde?

ROSALÍA.- En aquel aposento... En ése, no... En ese otro...

ROBERTO.- (Apartándola con enojo.) ¿Piensas, bruja maldita, que estamos aquí para sufrir tus impertinencias?... Id volando y que no quede por registrar ni el último rincón de la casa. (Vanse el agente de policía y los demás. Las dos mujeres se colocan unidas en un extremo de la estancia; Roberto se pasea por ella.)

Escena XV

ROSALÍA, JULIETA, ROBERTO.

ROBERTO.- No hay duda, la delación no puede faltar... ¿Qué sería de la República con tantos millones de enemigos si no hubiese quien velase por ella? ¡Señor marqués de Montfleury, señor marqués... Tú que mirabas como un favor insigne saludar a los viles pecheros... Tú que te mostrabas satisfecho con arrojar al hambriento pueblo las sobras de tus banquetes, que compartía con tus perros... El día de la reparación ha llegado, y el que mirabas poco hace a tus pies es el que ha escogido el destino para ser instrumento de su venganza!

Escena XVI

Dichos, EL AGENTE DE POLICÍA y los demás.

AGENTE DE POLICÍA.- No hemos hallado a nadie.

ROBERTO.- ¡A nadie! (A Rosalía.) ¿Dónde están?

ROSALÍA.- Yo no lo sé...

ROBERTO.- ¿Dónde están?

ROSALÍA.- No lo sé.

ROBERTO.- ¿No lo sabes?... Yo te arrancaré tu secreto... (Hace una seña y aquellos hombres sacan con violencia a entrambas.)

ROSALÍA.- ¡Por Dios!

JULIETA.- ¡Piedad!...

ROBERTO.- (Al salir repara en el retrato del marqués y se suspende a contemplarle unos momentos.) Yo te encontraré... ¡Aunque te escondas en el centro mismo de la tierra!...

Acto segundo

El teatro representa una sala de una posada pobre con varias puertas y ventanas. Es de noche

Escena I

M. LOYZEROLE, EDUARDO.

El criado de M. LOYZEROLE y el POSADERO entran en uno de los cuartos unas maletas y salen inmediatamente.

M. LOYZEROLE.- ¿Quieres más de mí?... ¿Estás ya contento?

EDUARDO.- (Va a arrodillarse para besarle la mano.) ¡Padre mío!

M. LOYZEROLE.- ¿Qué haces, Eduardo?

EDUARDO.- ¿Con qué podré yo pagaros?...

M. LOYZEROLE.- Con amarme como yo te amo... He perdido a tu pobre madre, que era mi encanto, mi consuelo... He perdido a tu hermano mayor, objeto de tantas esperanzas;

de toda mi familia no me queda sino tú... Tú eres el único lazo que me une a la tierra...
¿Para qué quisiera yo la vida si te perdiera a ti?...

EDUARDO.- Pero ¿por qué os enternecéis ahora?

M. LOYZEROLE.- No tengo más afán que verte dichoso...

EDUARDO.- ¿Cómo pudiera yo dudar lo?

M. LOYZEROLE.- Y no he querido que pudieras acusarme de que me oponía a tu felicidad... Yo sé cuánto amas a Matilde...

EDUARDO.- Más que a mi corazón...

M. LOYZEROLE.- Sé que no puedes vivir sin ella...

EDUARDO.- Imposible.

M. LOYZEROLE.- Y no he de sacrificar a un despique de amor propio la dicha de entrambos... En cuanto llegue el marqués... Pero ¿estás seguro de que han de parar aquí?...

EDUARDO.- No hay duda; Juan me lo dijo y no hay otro paraje donde puedan descansar, no queriendo entrar en ningún pueblo... Esta posada es la más a propósito, por lo mismo que está en el campo, y poco concurrida...

M. LOYZEROLE.- ¡A qué estado nos han reducido!... ¡Esta es la felicidad que han traído a la Francia!... Los hombres honrados tienen que andar como los forajidos, de noche, por los despoblados...

EDUARDO.- Y fortuna que la estación es favorable, ¡que si fuera en invierno!... Me parece que suena ruido... (Asomándose a una ventana.) Nada se divisa... ¿Si les habrá sucedido algo?

M. LOYZEROLE.- No, hijo mío, ¡no querrá Dios!... Nosotros hemos llegado demasiado temprano... Tenías tanta prisa...

EDUARDO.- Deseaba llegar antes que ellos... ¿No es natural?... ¡Qué sorpresa va a tener Matilde!...

M. LOYZEROLE.- ¿Y qué va a decir el marqués cuando nos halle aquí?... Diga lo que quiera, ya está hecho... y no me arrepiento.

EDUARDO.- Ahora sí... (Se asoma otra vez.) ¡Ellos son! (Corre hacia la puerta.)

M. LOYZEROLE.- Fuera esta mala vergüenza... Se trata de la dicha de un hijo.

Escena II

Dichos, EL MARQUÉS, MATILDE.

M. LOYZEROLE.- (Saliendo a recibirle con los brazos abiertos.) ¡Amigo mío!...

MARQUÉS.- ¡Vos aquí!... (Se arroja en ellos.)

MATILDE.- ¡Eduardo!...

EDUARDO.- ¿Ves cómo lo cumplí? (Un momento de silencio.)

MARQUÉS.- Pero ¿qué es esto? ¿Cómo os hallo aquí?

M. LOYZEROLE.- Esto es ser padre... Como sois padre también, no tengo vergüenza en confesaros mi debilidad...

MARQUÉS.- Vamos a sentarnos siquiera..., que con el día de calor, y con esta sorpresa ahora...

MATILDE.- Pues a mí ya se me han olvidado todas las incomodidades del camino...

M. LOYZEROLE.- Lo creo; me parece que has crecido en tan poco tiempo... ¡Y siempre tan linda!... (Matilde va a sentarse en una extremidad y Eduardo en otra. M. Loyzerole dice al marqués:)

M. LOYZEROLE.- ¿Os parece bien que se sienten tan separados?

MARQUÉS.- Yo también me rindo a discreción... Que hagan lo que quieran. (Eduardo coge su silla y va a colocarse al lado de Matilde, hablando entre ellos, mientras sigue el diálogo de los padres.)

MARQUÉS.- Vamos, contadme siquiera lo que ha sucedido.

M. LOYZEROLE.- Es muy sencillo: mi hijo supo que ibais a emigrar y que os llevabais a Matilde... No sé si ella se lo escribió o cómo lo supo... Lo vi entrar tan demudado, que temí le costase una enfermedad... Ni acertaba con las palabras... Mas no era difícil comprender lo que deseaba... Hacía tiempo que tenía pensamiento de salir de Francia... Pero ¡cuesta tanto trabajo abandonar uno a su patria!... Lo fui dejando de un día para otro; y tal vez nunca lo hubiera realizado... Mas cuando vi que iba en ello la felicidad y tal vez la vida de mi hijo, no vacilé un solo instante... La idea de quedarme solo con él, aislado de las gentes, y verle siempre triste, reprimiendo a duras penas su dolor por no afligirme..., no

pude resignarme a ese continuo torcedor, y antes prefiero todos los trabajos, todos los peligros del mundo...

MARQUÉS.- Lo comprendo muy bien amigo mío; y aquí donde me veis, vez no hubiera tomado la resolución emigrar, si hubiera sido solo... ¿Qué tenía yo que temer para los pocos años de vida que me quedan?...

MATILDE.- ¡Padre mío!

MARQUÉS.- Pero tenía esa hija, que Dios me ha dado, y no quería que viviese en medio de tanta corrupción, de tanta impiedad... ¡Cómo han puesto a nuestra pobre Francia!...

M. LOYZEROLE.- No hay que hablar de eso, porque se parte el corazón de sólo imaginarlo...

MARQUÉS.- ¡Una nación tan civilizada, tan culta, proscribir la virtud, el saber, el talento... y estar gobernada por unos monstruos sedientos de sangre!...

M. LOYZEROLE.- Nuestros nietos no lo creerán... Ni nosotros mismos que lo estamos sufriendo...

MARQUÉS.- ¡La tierra de San Luis renegar del Dios de sus padres!... ¡La patria de Dugesclin y de Bayardo arrastrar al patíbulo la flor de la nobleza!...

M. LOYZEROLE.- Pero ¿quién había de creer?... Yo me equivoqué, lo confieso... Juzgué que había llegado el momento de que mi patria disfrutase de una justa libertad bajo el cetro de aquel buen rey... Nací con esos sentimientos, los llevaba en mi sangre como otros muchos nobles... Fue una ilusión honrosa que pagamos muy cara.

MARQUÉS.- Todos nos hemos equivocado; y por eso en tiempos tan revueltos es preciso ser muy indulgentes... ¿Quién tiene el derecho de arrojar la primera piedra? Los unos por un extremo y los otros por otro, todos hemos contribuido a que se engrosara el torrente, y después nos ha arrollado a todos... ¡Sólo Dios es capaz de atajarlo!... ¿Qué miráis?

M. LOYZEROLE.- Reparaba si podía alguien escucharnos.... En estos afortunados tiempos, hasta las paredes oyen...

MARQUÉS.- ¡Esa es la libertad u hemos alcanzado!... Todo está poblado de espías, de delatores; se proscriben clases enteras y se castiga con la pena de muerte hasta la más leve sospecha... Y luego hablaban de la Inquisición de España y del Tribunal de Venecia... ¡Más sangre han derramado ellos en un año que aquéllos en un siglo!

Escena III

Dichos, JUAN, EL POSADERO y SU MUJER.

JUAN.- (Al marqués.) No me parece que he tardado...

MARQUÉS.- No, por cierto...

JUAN.- Con lo poco que traíamos y lo poco que hemos hallado aquí...

POSADERA.- No habrá mucho; pero lo que es limpio...

JUAN.- Como tu cara... ¡Posadero!

POSADERO.- Ciudadano me llamo...

JUAN.- Perdona, hombre... ¿Ciudadano qué?

POSADERO.- Ciudadano Marco Bruto...

M. LOYZEROLE.- ¡Hola!... ¡Nada menos que eso!...

POSADERO.- Yo me llamaba Marcos... porque nací el día de San Marcos, cuando había santos...

M. LOYZEROLE.- Ya...

POSADERO.- Y luego me añadí lo de Bruto...

JUAN.- ¡Y qué bien que le sienta!...

POSADERO.- Porque dicen que fue un gran republicano, que mató a no sé quién...

M. LOYZEROLE.- ¡Verdad!... (Aparte.) ¡Qué simple!

JUAN.- Ciudadano Bruto, trae un par de botellas del tinto de Borgoña..., y que no esté bautizado...

POSADERO.- Ya no se bautiza...

JUAN.- A las criaturas puede ser; pero lo que hace al vino, aún no ha entrado en la moda republicana...

MARQUÉS.- Déjate de tonterías. (A Juan.) ¿Está todo listo?

JUAN.- Ya está...

MARQUÉS.- (Levantándose.) No sé si es el aire del campo, o el ejercicio, o el vernos todos reunidos, la cierto es que tengo más apetito que hace muchos meses.

M. LOYZEROLE.- ¿No es verdad que cuando se recobra un antiguo amigo parece como que se quita una losa del corazón?

MARQUÉS.- Así es... (Se sientan a la mesa.) Tú, Matilde, harás los honores de la mesa, como si fueras el ama de casa; ¡es menester ir aprendiendo!... ¿Por qué te pones tan encendida, muchacha? ¿Y tú también? ¡Qué edad tan dichosa, en que todos los sentimientos se asoman al rostro!... Después, con los años y con la experiencia del mundo...

M. LOYZEROLE.- Y aun todas las precauciones no bastan...

MATILDE.- (Al posadero.) ¿Para aquí mucha gente?

POSADERO.- Poca, y ahora menos.

M. LOYZEROLE.- ¿Por qué?

POSADERO.- Porque la gente pobre no está para gastos, y los ricos... harto hacen en esconderse en sus huroneras... para no pagar todo el mal que han hecho...

JUAN.- (Aparte.) Me están dando unas tentaciones de dar un puntapié al ciudadano Marco Bruto..., allá..., hacia el remate de la quilla, donde principia la cámara de popa...

MARQUÉS.- Juan... ¿Qué estás ahí gruñendo?

JUAN.- Estoy repasando una cuenta...

MARQUÉS.- ¿No quieres que probemos ese vino? (Lo sirve Juan.)

M. LOYZEROLE.- Yo desearía echar un brindis..., si lo permitís...

MARQUÉS.- ¿Por qué no?

M. LOYZEROLE.- ¡A la felicidad de entrambos!...

MARQUÉS.- ¡A su felicidad!... (Beben los dos.)

MATILDE.- (A Eduardo.) Me parece que estoy soñando...

EDUARDO.- ¡Es tan grande mi dicha, que me pesa en el alma!...

M. LOYZEROLE.- ¿A qué vienen ahora esas lágrimas?

EDUARDO.- Son de placer, de ternura... ¡No las trocaría yo por todos los tesoros del mundo!...

MARQUÉS.- ¡Dios os haga tan dichosos, hijos míos, como merecéis serlo!...

M. LOYZEROLE.- ¿También vos?... Entre todos, yo solo tengo juicio..., y eso... con sus trabajos... (Levantándose Juan, el posadero y su mujer retiran la mesa y se van.)

Escena IV

MARQUÉS, MATILDE, M. LOYZEROLE, EDUARDO.

MARQUÉS.- Al clarear el día es menester ponernos en camino...

M. LOYZEROLE.- A la hora que gustéis...

MARQUÉS.- Mañana no me harás, como siempre, la perezosa...

MATILDE.- A buen seguro..., he de ser la primera...

EDUARDO.- ¿A que no?

MATILDE.- Allá lo veremos.

MARQUÉS.- Por fortuna, todo este camino está muy solo... Lo andaremos poco a poco y luego haremos noche en el monasterio de la Cartuja...

M. LOYZEROLE.- ¿No es ése el que han incendiado hace poco?

MARQUÉS.- Así es; pero no ha de estar tan destruido que no haya algún paraje donde acogerse; al fin y al cabo se trata de pocas horas, y en una estación tan hermosa...

M. LOYZEROLE.- Como queráis.

MARQUÉS.- El pueblo más cercano dista algunas leguas... ¿Y cómo hemos de exponernos?

M. LOYZEROLE.- Nada menos...

MARQUÉS.- Vamos ahora a descansar un rato para tener fuerzas mañana...¡Juan!...

Escena V

Dichos, JUAN.

JUAN.- (Saca una luz en la mano.) Aquel es el aposento...

MARQUÉS.- Felices noches.

M. LOYZEROLE.- Muy felices.

MATILDE.- (A M. Loyzerole.) ¿No queréis que os bese la mano?...

M. LOYZEROLE.- Con mil amores, hija mía...

MATILDE.- (Haciendo una cortesía muy grave a Eduardo.) Muy buenas noches, caballero...

EDUARDO.- Ya veremos quién gana apuesta mañana.

Escena VI

POSADERO y su MUJER.

POSADERO.- ¿No has oído?... Le llamó caballero. El diablo me lleve sí...

POSADERA.- Pero ¿por qué tienes as sospechas?

POSADERO.- A cien leguas olfateo yo un aristócrata... Y eso que me tienen por tonto. (Con misterio.) ¿No reparas. te los cumplidos que se hacían..., y que nunca se tuteaban..., y que tenían las manos muy blancas?... Si no son aristócratas, que me los claven en la fren. te... ¡Lo menos algún príncipe de la sangre o algún par de Francia!

POSADERA.- ¡Majadero!...

POSADERO.- ¡Pues la tal niña!... ¡Si fuera la Delfina y la tuviéramos en casa!...

POSADERA.- ¡Estás borracho, hombre!...

POSADERO.- Como de esas cosas suceden en el mundo..., y luego se dice: «¡Quién pensara!...»

Escena VII

Dichos, JUAN.

JUAN.- Ponme unos cuantos panes y otras dos botellas de ese mal cristiano... Envuelve en una servilleta ese trozo de vaca fiambre, a que nadie ha tocado..., y un poco de fruta... Cualquier postre para quitar el gusto de la boca...

POSADERO.- ¿Para cuántos?

JUAN.- ¿No lo has visto?... Para los mismos que han cenado..., antes que rompa el día me llamarás a mí...

POSADERO.- Bien está...

JUAN.- Para que podamos salir entre dos albas...

POSADERO.- Bien...

JUAN.- ¿Cuántas leguas hay de aquí al monasterio quemado?

POSADERO.- Podrá haber..., según y conforme... Si se va por los montes se ahorra una legua...; pero si se va por el camino, hay una legua más...

JUAN.- Quedamos enterados. ¿Dónde está mi camarote?

PASADERO.- El último, a mano derecha al final de aquel corredor.

JUAN.- ¡Si la ciudadana Marca Bruta quisiera acompañarme!...

POSADERO.- No; yo iré, que es mejor... ¿Habrase visto viejo más marrullero? (Se van todos por el lado opuesto a los aposentos donde han entrado los amos; queda el teatro a oscuras y se ve subir un hombre con sigilo por una ventana.)

Escena VIII

POSADERO, SU MUJER, AGENTE DE POLICÍA.

POSADERO.- (Al salir.) ¿Quién está ahí?

AGENTE.- (Apuntándole con una pistola.) Si respiras, mueres... (Se acerca le enseña una faja tricolor.)

POSADERO.- ¡Ah!... (El agente de Policía se acerca a la ventana, por donde entra otro compañero.)

AGENTE.- Abre la puerta principal, sin que lo sienta la tierra!... (Vase el posadero y el otro hombre.)

Escena IX

AGENTE DE POLICÍA, POSADERA.

AGENTE.- ¿Qué gente hay hospedada aquí?

POSADERA.- Un hombre de cierta edad con un joven, y un viejo con su hija...

AGENTE.- ¿Nadie más?

POSADERA.- Nadie.

AGENTE.- ¿Vinieron juntos?

POSADERA.- Separados.

AGENTE.- ¿Dónde duermen?

POSADERA.- En esos cuartos.

Escena X

Dichos. ROBERTO, EL POSADERO y otros dos HOMBRES.

AGENTE.- Ellos son... Ahí están.

ROBERTO.- ¿A qué hora llegaron?

POSADERO.- Poco después de anochecido.

ROBERTO.- ¿A qué hora tienen intención de salir?

POSADERO.- Apenas amanezca.

ROBERTO.- ¿Han dicho qué camino piensan llevar?

POSADERO.- No lo sé; pero por algunos cabos sueltos que he cogido al vuelo, apostaría que van hacia el monasterio quemado...

ROBERTO.- ¡Hacia el monasterio quemado!... (Aparte.) ¿Qué irán a hacer allí? ¿Si irán a reunirse con otros conspiradores? Aquel sitio está desierto... Metido entre breñas... ¡Quién sabe!... Estos ya están seguros; y tal vez... (Al agente de policía y al otro que entró por la ventana.) Quedaos aquí ocultos... y seguidlos sin perderlos de vista. (Al posadero y a su mujer.) ¡Una palabra os cuesta la vida!... (A los que le acompañan.) Vamos. (Sale seguido de dichos dos hombres y alumbrándole el posadero y su mujer.)

Acto tercero

El teatro representa un monasterio incendiado, que se descubrirá a mano derecha de los actores; se verán algunos arcos de iglesia en pie y una capilla medio arruinada con un altar de piedra; en medio del teatro se descubrirán sillares, vigas quemadas y escombros esparcidos; a mano izquierda se verá el cementerio con sepulturas de tierra y algunas cruces derribadas. En el fondo del teatro unos montes escuetos, con veredas que conducen al monasterio. Es de noche. Al principiar el acto se divisan algunos relámpagos, y se oye el ruido lejano de truenos; va cesando poco a poco la tormenta, y sólo se oye de cuando en cuando el gordo rumor del viento.

Escena I

EL PRIOR, UN NOVICIO.

Bajan poco a poco del monte; el joven precede y sostiene al anciano; vienen cubiertos con unas capas negras, y debajo el hábito de monjes; el NOVICIO trae en la mano una linterna sorda.

NOVICIO.- Cuidado, padre mío, cuidado al bajar.

PRIOR.- Gracias a Dios ya estamos aquí... ¿Ves cómo todo se consigue cuando hay fe viva y voluntad firme y ardiente?

NOVICIO.- Esta noche aún ha sido peor que otras, ¡tan oscura y con la tormenta tan cerca!... Los relámpagos deslumbraban los ojos y ni siquiera se veía dónde se ponía el pie...

PRIOR.- Ya ves cómo hemos llegado con el favor de Dios... (Se sientan.) Ahora descansaremos un poco y principiaremos nuestra tarea... Tú, hijo mío, que ya no tengo fuerzas sino para animarte con mis palabras.

NOVICIO.- Y a mi me basta... Yo solo lo haré, as no siempre ha sido así.-.

PRIOR.- Más no siempre ha sido así... Aquí donde me ves he sido muy robusto; trabajaba con la azada en mi huerto... y apenas pasaba un día sin que removiese la tierra de mi sepultura.... ¡Quién me había de decir entonces!... Pero cúmplase la voluntad de Dios...

NOVICIO.- ¿Por qué os afligís así?

PRIOR.- En más de sesenta años no había salido del monasterio, como no fuese a pasear por esos montes... Todo el mundo se reducía para mí a lo que alcanzaba mi vista... Mi sola ambición, mi único deseo era vivir tranquilo a la sombra de esos altares..., y cuando se cumpliera mi última hora... ¡Ya ves cuán cerca estaba mi morada hasta que llegase la eternidad!

NOVICIO.- Me da pena el veros así...

PRIOR.- Deja que me desahogue, hijo mío... A pesar de los años, ¿crees que se seca el corazón y que no hay lágrimas para lamentar tanta desventura... ¡No lloro por mí!... ¿Qué me importa a mí el mundo?... La vida misma la sobrellevo como una carga que la voluntad del Señor me ha impuesto... Lloro por mis hermanos, por mi triste patria, por tantas víctimas inocentes como perecen cada día en esta tierra desventurada... ¿Imaginas que puedo ver con indiferencia tanta profanación y tanto escándalo?... ¡La religión del Crucificado, proscrita, escarnecida; se arroja al Señor de su templo y sobre el ara santa se coloca a una criatura inmunda!

NOVICIO.- ¡Cómo tembláis, padre mío!...

PRIOR.- La sangre hierve en mis venas al recordar tanta impiedad y al prever la tremenda expiación que el cielo le prepara!... (Arrodillase.) ¡Ten piedad, Dios mío, ten

piEDAD de la Francia!... Están ciegos y no saben lo que se hacen... Perdona hasta a esos malvados así te blasfeman y ultrajan... ¡Tú pediste desde el Calvario por los mismos que te crucificaron!... (Silencio.) Ya estoy más sereno... Sosiégate... Lo que causa pena, hijo mío, es pensar en suerte... ¿Qué va a ser de ti?

NOVICIO.- No os inquiete semejante cuidado...

PRIOR.- Por mí nada tengo que temer. ¿Qué se puede temer a mi edad?... Pero ¡tú, tan mozo, tan gallardo!...

NOVICIO.- Yo no he conocido más padre que vos... y el que está en los cielos... Huérfano y desvalido me recogisteis en el monasterio; en él me he criado, en él iba a consagrar a Dios mi vida... ¿Dónde queréis que vaya abandonándoos en medio de tantos peligros?...

PRIOR.- ¿Y por qué los has de correr tú por mi causa?... Todavía no habías hecho tus votos...

NOVICIO.- Los había hecho delante de Dios, y eso me basta... Quizá me ha destinado a ser el báculo de vuestra vejez, vuestro apoyo, vuestro consuelo... A cerraros los ojos con mis manos cuando Dios os lleve a su seno...

PRIOR.- ¡Sí, hijo mío, sí!... Ya que no me concede el Señor expirar en esta santa casa, concédame a lo menos el morir en tus brazos... (Le abraza con la mayor ternura y permanece así unos cuantos momentos.) Vamos, hijo, no perdamos tiempo... Vamos con buen animo a continuar la tarea comenzada... (El novicio coloca la luz sobre el ara, saca una pala pequeña y un pico que traía y se pone a trabajar, como para apartar unos escombros y buscar algo escondido.) Ahí deben de hallarse; yo mismo las coloqué con mis propias manos después de haberlas presentado a la adoración de los fieles... Las más preciosas se hallaban reunidas en un nicho sobre el altar... Ahí están las que dejó al monasterio su piadoso fundador y las que envió San Luis desde la Tierra Santa... ¿Y había yo de dejarlas expuestas a la profanación y los insultos? No, no por cierto; ¡aunque me costara mil vidas, tengo de salvarlas!...

NOVICIO.- Me parece que suena hueco en el muro... Tal vez habremos acertado.

PRIOR.- Animo, hijo mío, ánimo... Si yo pudiera ayudarte... Dame, dame ese pico... Vas a ver si me quedan fuerzas al cabo de mis años... Uno. dos, tres... No te sonrías, muchacho... ¿Te parece que no puedo?...

NOVICIO.- Pero si yo lo haré... ¿Para qué os cansáis?...

PRIOR.- ¿En qué pudiera emplear mejor las cortas fuerzas que el Señor me ha dejado?...

NOVICIO.- Nada de eso; sentaos aquí..., y mientras yo trabajo contadme los viajes de aquel misionero que conquistó para Dios tantas gentes sin más armas que sus palabras... (Principian a quebrarse las nubes y la luna ilumina sucesivamente los montes y después la

escena; se divisan pasando por las alturas algunos caballos que conducen del diestro Juan y el criado de M. Loyzerole, dirigiéndose desde la izquierda de los espectadores a la derecha, y luego se pierden de vista. Vense bajar por una senda del monte a Eduardo, detrás Matilde, guiando su padre y después M. de Loyzerole.)

PRIOR.- ¡Qué tiempos aquéllos, y quién es capaz de enumerar los prodigios que obraron aquellos santos varones!... Con el Evangelio en una mano y la Cruz en la otra atravesaban tierras desconocidas, civilizaban las tribus salvajes, les hacían detestar los sacrificios humanos, les enseñaban a cultivar la tierra y a labrar sus hogares; y mil veces sellaban con su propia sangre la fe que predicaban... Así le sucedió a aquel buen misionero, cuya vida te empecé a contar la otra noche... ¡Mas me parece que siento ruido!...

NOVICIO.- ¿Y quién pudiera venir a este desierto?...

PRIOR.- ¡Quién sabe!... Algunos caminantes que se hayan extraviado o que vengan a recobrar de la pasada tormenta... Oigo rodar algunas piedras... Asómate tú..., pero poco a poco y sin que te descubran...

NOVICIO.- No tengáis cuidado... (Asómase con cautela, escondiéndose detrás de una pilastra.) No hay duda... Gente viene... y ya está muy cerca...

PRIOR.- Pues ocultémonos aquí... Ven, hijo mío, ven...

NOVICIO.- Yo no me apartaré de vuestro lado...

Escena II

Dichos. EDUARDO, MATILDE, EL MARQUÉS, M. DE LOYZEROLE.

El PRIOR y el NOVICIO se ocultan en la capilla medio derribada, en tanto que los otros bajan al llano

EDUARDO.- Por fin llegamos con bien al cabo de tantos trabajos...

MATILDE.- Mentira me parecía que habíamos de llegar cuando me veía en medio de esos riscos y teniendo que bajarlos a pie para no despeñarnos... ¿Venís muy cansado, papá?...

MARQUÉS.- Un poco, hija mía; más lo estarás tú, que has traído conmigo tanto cuidado... Ahora descansaremos hasta que amanezca; y después, con la ayuda de Dios...

MATILDE.- Aquí estaréis mejor, sobre esta piedra... Yo me sentaré a vuestro lado... Eduardo, para todos hay sitio... Aquí hay uno muy bueno...

EDUARDO.- No cabe mejor. (Se sienta al lado de Matilde.)

MARQUÉS.- (A M. Loyzerole.) ¿Qué estáis haciendo ahí?

M. LOYZEROLE.- Estoy contemplando estas desdichas... ¡Un monasterio tan antigua, tan lleno de gloriosos recuerdos, reducido a ceniza!...

MARQUÉS.- ¿Y por qué lo extrañáis? ¿No han hecho lo mismo en todas partes?... Para ellos no hay nada respetable ni sagrado... ¿No han devastado la basílica de San Dionisio y arrojado al viento las cenizas de nuestros reyes?... Si sigue así el furor de esos vándalos pronto no ofrecerá Francia sino un campo de ruinas y de escombros... (Mientras hablan entre sí los dos padres, se emprende el siguiente diálogo:)

MATILDE.- No era miedo...

EDUARDO.- Pues ¿qué era, mi vida? A cada relámpago cerrabas los ojos y cuando se oía un trueno...

MATILDE.- ¡Eran tan fuertes, Eduardo!... Y luego se repetían cien veces en esas montañas... Involuntariamente apretaba el brazo de mi padre... ¡Y sentía tanto consuelo cuando te veía cerca de mí!... En medio de los dos, ¿qué puedo temer yo en el mundo?...

EDUARDO.- Nada.

MATILDE.- Si no fuera por eso... Ahora sí, te confieso mi debilidad... La vista de esas ruinas... Y al otro lado eso, sepulcros... No me quedaría aquí sola....

EDUARDO.- ¿Es ése todo el valor que mostrabas antes?...

MATILDE.- La verdad, yo lo hacía para animar a mi buen padre; pero en mis adentros...

EDUARDO.- ¿Ves tú cómo acerté?... ¿Cómo quieres que no adivine lo que pasa en tu alma?...

MATILDE.- ¿Y qué mérito ha en ello cuando yo te dejo que leas hasta el fondo de mi corazón?...

Escena III

Dichos. JUAN y el CRIADO de M. de Loyzerole vienen de la parte de la derecha de los espectadores; pasan por detrás de donde están sus amos y se dirigen hacia la capilla arruinada; traen unas mantas y unos arreos.

JUAN.- Mientras los señores siguen en sus pláticas y contemplando las estrellas..., que mi amo conserva esa afición desde que navegábamos por esos mundos sería cosa muy acertada buscar un fondeadero... ¿Qué te parece?... Por malo que sea el puerto no ha de faltarnos donde echar el ancla. Allí hay un buen paraje... A lo menos estaremos a cubierto y cerca de los amos... ¡Calle..., es una capilla y está medio arruinada!... Yo a los vivos no les tengo miedo; pero ¡cuando entro en una iglesia de noche y parece que me miran aquellos santos tan grandes y que hacen visajes las lámparas!... (Arroja un grito y retrocede, azorado.)

MARQUÉS.- ¿Qué es eso, Juan?

JUAN.- ¡Señor!... ¡Señor!... Al entrar, en esa capilla...

MARQUÉS.- Acaba...

JUAN.- He visto...

MARQUÉS.- ¿Qué has visto?...

JUAN.- He visto un bulto... alto, muy lo.... vestido de blanco...

MARQUÉS.- ¡Estás borracho!...

JUAN.- Al lado del altar... ¡Y me miró con unos ojos!...

MARQUÉS.- Aparta, majadero...

EDUARDO.- Yo iré a ver...

MARQUÉS.- Ese hombre está soñando... No hay que hacerle caso...

MATILDE.- No vayas, Eduardo, no vayas...

EDUARDO.- No tengas cuidado... Luego no será nada.

Escena IV

Dichos. EL PRIOR, EL NOVICIO

PRIOR.- (Saliendo de la capilla al tiempo de acercarse los otros.) ¿Qué buscáis aquí?... (Los otros se detienen suspensos.)

MARQUÉS.- Perdonad... Estábamos tan lejos de imaginar siquiera...

MATILDE.- ¡Qué susto he llevado, Eduardo!

PRIOR.- Pero ¿quién sois? ¿Qué os ha traído a este sitio y a semejantes horas?

MARQUÉS.- ¿No lo adivináis? La misma revolución que ha causado todos esos estragos...

M. LOYZEROLE.- Venimos huyendo de su furor... y buscamos los parajes más solitarios...

PRIOR.- En otros tiempos, hijos míos, hubierais hallado aquí un albergue cómodo y seguro... Nunca se cerraban esas puertas para los desgraciados... Mas ahora... ya lo veis... Apenas quedan en pie esas paredes para denotar donde tenía el Señor su morada... (Acércase el novicio y le sienta en una piedra; a su derecha, M. Loyzerole; a su izquierda, el marqués, y después, Matilde y Eduardo. El novicio se coloca detrás, a cierta estancia; Juan y el otro mozo se sientan más lejos, al pie de la montaña.)

M. LOYZEROLE.- Habíamos oído hablar del incendio de este monasterio; pero no era de creer que hubiese hecho tantos estragos...

PRIOR.- ¡Y en una sola noche, que el corazón se me parte de solo recordarla! Hacía tiempo que una banda de malhechores vagaba por esta comarca... Habían quemado algunas mieses y pegado fuego a una u otra casa de campo... ¿Qué puede esperarse de unos hombres sin religión, sin ley, a quienes se quita todo freno divino y humano?... Hasta aquí llegó el rumor de sus atrocidades; pero esperábamos que nos salvase nuestra soledad y retiro... ¡No lo ha querido Dios!... Una noche..., poco más de las doce serían..., estábamos en el coro...; reinaba el silencio más profundo... y sólo resonaban los cánticos que dirigíamos al Señor, cuando de repente oímos un ruido espantoso y vimos por las vidrieras el resplandor de las llamas... Acudimos todos, todos... Algunos de nuestros hermanos perdieron la vida por preservar del incendio las cosas santas... Otros no fueron tan dichosos... Yo permanecí hasta el último instante en aquella capilla... Y ese joven que veis ahí y otro buen religioso me sacaron sin conocimiento de en medio de las llamas... Los malvados habían pegado fuego al edificio por los cuatro costados... Y a las pocas horas... ¡ya veis, hijos míos, ya veis lo que ha quedado!... (Cúbrese el rostro con entrambas manos y calla por unos momentos.)

MARQUÉS.- Sentimos haberos, causado tanta pena con traeros a la memoria...

PRIOR.- Al contrario, es un desahogo... Siento un consuelo que no puedo explicaros al verme rodeado de vosotros... Cuando en medio de las tribulaciones que el Señor nos envía se encuentran almas caritativas que las compadezcan..., ¡cómo que se alivia su peso y

debemos dar gracias a la Divina Providencia!... Pero ¿quién sabe?... Quizá sois más desgraciados que yo, ¡y os estoy afligiendo en vez de consolaros!...

MARQUÉS.- ¡No, padre mío!... Vuestras palabras son un bálsamo para nuestras almas!...

M. LOYZEROLE.- Y debemos bendecir el momento en que hemos venido a este sitio...

MATILDE.- (A Eduardo.) ¿No es verdad que este buen religioso parece un santo en la tierra?...

MARQUÉS.- ¡Hace tanto tiempo que no oímos la palabra de los ministros del Señor!... Ni aun ese consuelo nos han dejado en medio de nuestras desdichas...

PRIOR.- ¿Cómo habían de respetar la religión los que se han declarado enemigos de Dios y de los hombres?... Mas ella saldrá triunfante, no lo dudéis, hijos míos; está escrito por la mano del Altísimo y no puede faltar... ¡Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella!... En medio de tan cruel persecución, ¿no descubrís clara, patente, la mano de la Providencia?... Ved a los ministros del Señor resistir igualmente a la seducción y a las amenazas, celebrar los divinos misterios en las profundidades de la tierra, como los primitivos cristianos, y recibir como ellos la palma del martirio... ¡Dichosos, dichosos mil veces que están ya gozando del cielo!...

MATILDE.- ¿No ves, Eduardo?...

EDUARDO.- ¿Qué, mi vida?

MATILDE.- Un resplandor allá a lo lejos...

EDUARDO.- No veo nada...

MATILDE.- Si ha pasado como un relámpago...

EDUARDO.- ¿Estás todavía pensando en la tormenta?

MATILDE.- No lo dudes, lo he visto.

EDUARDO.- Fue tu imaginación...

MATILDE.- ¿Y ahora?

EDUARDO.- (Levantándose, y lo mismo hacen los demás.) Es cierto.

MARQUÉS.- ¿Qué será?

M. LOYZEROLE.- ¿Quién puede adivinarlo?

PRIOR.- ¿Hacia dónde se descubre esa luz?...

EDUARDO.- Allá en el fondo, que apenas se divisa...

PRIOR.- Ahí está la sepultura del santo fundador.

EDUARDO.- Pues de allí sale el reflejo...

MATILDE.- ¿Y no ves como unas sombras en aquellas paredes?... Mira, mira cómo se mueven.

EDUARDO.- Allí hay gente... No tiene duda... Y parece como que se dirigen hacia aquí...

PRIOR.- Venid, venid conmigo detrás de esa capilla... Desde ahí podremos estar en acecho hasta salir de incertidumbre... (El novicio acude y conduce el prior; los demás le siguen.)

MATILDE.- Pronto empezamos a llevar sustos...

MARQUÉS.- ¡Animo, hija mía!...

Escena V

Sale el CAPITÁN DE BANDOLEROS con otros cuantos, entre ellos un mozo de pocos años, que trae un saco a cuestas; el BANDIDO 2.º trae una manta con candeleros de plata y otros objetos; sacan dos teas encendidas, que colocan entre las piedras, y se sientan en el suelo formando un semicírculo en el primer término de la escena

CAPITÁN.- Después de tanto sudar, ¡bravo botín hemos sacado!...

BANDIDO 1.º- ¡Y luego decían que estos zánganos eran tan ricos!...

BANDIDO 2.º- ¡Quién sabe! Quizá tienen escondidos sus tesoros debajo de tierra...

CAPITÁN.- El modo de que no vuelvan nunca jamás es quemarles todas las madrigueras...

BANDIDO 2.º- ¡Como les quedan tantas!...

CAPITÁN.- Cuando sea hombre este rapaz y cuente que ha visto un fraile o un noble, se van a quedar las gentes eón la boca abierta...

BANDIDO 1.º- ¿Te se ha pasado ya el miedo? ¿No te da vergüenza?... Al des tapar aquel sepulcro se quedó más amarillo que la cera... Temblando estaba como un azogado al quitarle el anillo al muerto...

BANDIDO 2.º- Yo no sé a quién ha salido..., porque su padre y toda su casta... Y eso que aquel maldito juez les cortó muy pronto los vuelos; que si hubieran vivido ahora...

CAPITÁN.- Ahora cada cual campa por sus respetos...

BANDIDO 1.º- Mira cómo está... Aún no le ha salido el susto del cuerpo...

CAPITÁN.- ¿Temes que te lleve el diablo mentecato?... Aún cree en tonterías como su abuelo.

BANDIDO 2.º- (Abriendo la manta en que trae los objetos robados.) No sería malo, ya que tenemos tiempo...

CAPITÁN.- Cepos quedos... Ahí nadie toca...

BANDIDO 1.º- Tiene esa maldita maña...

BANDIDO 2.º- Es que siempre me toca lo peor..., y aquí todos somos iguales...

CAPITÁN.- ¿Y quién dice que no?... Pero si hemos de seguir juntos y no ha de volverse esto un infierno, es preciso que alguno mande... Si no, se llevó el diablo la compañía y cada cual tire por su lado...

BANDIDO 1.º- Tiene razón...

BANDIDO 2.º- ¿Y quién se lo disputa?...

CAPITÁN.- Recoged ahora esos trebejos... Llevémoslos a la cueva; los juntaremos con los demás, y cuando estemos todos reunidos se hará el reparto como es regular... Pero así que cada cual haya guardado lo suyo, si otro se atreviese ni siquiera a mirarlo... Ya sabéis que no necesito alguaciles ni verdugos para hacer justicia a palo seco. (Levántanse y se dirigen a la montaña; delante va el número 1.º, quien al acercarse donde están durmiendo Juan y el otro criado, retrocede; va amaneciendo poco a poco.)

BANDIDO 1.º- (Al capitán.) Allí hay dos hombres tendidos y están dormidos como troncos...

CAPITÁN.- ¿Qué casta de gente es?

BANDIDO 1.º- No se distingue bien; pero tienen trazas de criados...

CAPITÁN.- Dales un buen zamarreo y verás qué pronto despiertan...

BANDIDO 1.º- ¡Hola!

JUAN.- ¿Es ya la hora?... Pues no es mal modo de despertarme... ¡Ah!...

BANDIDO 1.º- ¡Chito, o mueres!...

JUAN.- ¡Señor, señor! ¿Dónde está mi amo? (Va a echar mano a las pistola que tiene al lado.)

BANDIDO 1.º- ¿Qué vas a hacer?

CAPITÁN.- Matadle, si se mueve...

JUAN.- ¡Señor! ¡Señor!... (Le atan y le tienden boca abajo en el suelo; en este tiempo escapa el otro criado y echa a correr hacia detrás de la capilla.)

CAPITÁN.- Seguidle y que no se escape ese perro... (Unos cuantos bandidos le persiguen y se ven salir juntos a los que estaban escondidos.)

Escena VI

Dichos. EL MARQUÉS, MATILDE, EDUARDO. M. DE LOYZEROLE, EL PRIOR, EL NOVICIO

CAPITÁN.- ¿Qué hacíais ahí? ¿No respondéis?

PRIOR.- Habían venido para buscar un refugio después de la tormenta, y la casualidad nos ha reunido en este sitio.

CAPITÁN.- A ti no te pregunto...

MARQUÉS.- Es la pura verdad...

CAPITÁN.- ¿Adónde vais?...

M. LOYZEROLE.- A Nevers...

CAPITÁN.- ¿Y por qué habéis tomado este camino?...

M. LOYZEROLE.- Nos dijeron que era el mejor...

CAPITÁN.- No te turbes... En la cara se te conoce que estás mintiendo...

EDUARDO.- ¿Cómo te atreves?...

CAPITÁN.- ¿Y quién eres tú, miserable, para hablarme a mí de esa suerte?

M. LOYZEROLE.- ¡Hijo mío!

MATILDE.- ¡Eduardo!...

CAPITÁN.- Parece que ese mozo tiene bríos... Yo se los cortaré... ¡Todos de rodillas!... Ahí... Y el que siquiera respire... Registradlos, a ver el dinero que traen... (Matilde se abraza a su padre, y al lado se coloca M. de Loyzerole. Eduardo se pone en ademán de defenderlos; el prior, apoyado en el novicio, está cerca de él.)

EDUARDO.- Nadie se acercará sin que primero me arrebaten la vida...

CAPITÁN.- Ahora lo veremos... (Va a abalanzarse hacia ellos; Eduardo saca de pronto una pistola y le dispara un tiro; el capitán se detiene y le apunta con otra, y en este momento el prior se interpone entre ambos.)

PRIOR.- ¡Por Dios!... ¿Qué va! a hacer!... ¡Ay!... (Cae herido mortalmente en brazos del novicio y le indica con señas que lo conduzca a la capilla.) Ahí... Ahí... Que tenga ese consuelo... (El novicio le conduce al pie del altar y allí expira en sus brazos.)

CAPITÁN.- (A Eduardo.) ¿Qué me miras así?... ¿Crees que voy a quitarte la vida?... No, te la guardo para mayor tormento... Conducidlos a la cueva... Allí confesarán dónde tienen escondido el dinero... (Se estrechan todos formando un grupo como para ampararse mutuamente.) Separadlos. ¿Qué tardáis?... Pronto... Así, así se hace...

MATILDE.- ¡Eduardo!...

EDUARDO.- ¡Matilde mía!...

M. LOYZEROLE.- ¡Hijo de mi vida!...

CAPITÁN.- Llevadlos arrastrando y llegarán más pronto... (Los separan con violencia y dan algunos pasos hacia el monte; en esto aparece gente con escopetas y otras armas de fuego, distribuida en los riscos; al mismo tiempo que salen otros por distintos lados de la escena.)

Escena VII

Los mismos. EL AGENTE DE POLICÍA.

El AGENTE DE POLICÍA sale por un lado y grita al momento de presentarse.

AGENTE.- ¡Nadie se mueva!... (Quedan todos suspensos.) ¡A un lado!... (Los bandidos se apartan hacia el lado de los sepulcros; los demás, al opuesto.)

CAPITÁN.- Tenían traza de gente sospechosa...

AGENTE.- Nadie te lo pregunta...

CAPITÁN.- Y por eso íbamos a presentarlos...

AGENTE.- Basta... (El capitán se aleja y se une con los otros bandidos.) El pasaporte...

MARQUÉS.- Aquí está.

AGENTE.- (Leyendo.) «Juan Batut, labrador...» Tendrías muchas yuntas de bueyes, ¿no es verdad?...Con su hija María... «No está, muy tostada del sol... Se conoce que salía muy poco de casa... (A M. de Loyzerole.) ¿Y el tuyo?... (Leyendo.)Francisco Lamothe, comerciante.» Un labrador y un comerciante juntos... ¿Iríais a la feria a hacer algún negocio de granos?... ¿Dónde te dieron este pasaporte?...

M. LOYZEROLE.- En la capital del distrito...

AGENTE.- Pero advierto que la fecha es atrasada... y lo mismo esta... uno de Brumario y otro de Prarial... Son ya añejos y es preciso renovarlos...

M. LOYZEROLE.- ¿Cómo?...

AGENTE.- Volviendo al mismo punto donde los sacasteis... ¿Por qué te pones amarillo?... ¿Tienes algo que temer?...

M. LOYZEROLE.- Nada.

AGENTE.- Tanto mejor; seguidme...

MARQUÉS.- Advierte que se nos causan graves perjuicios... Ya me ves, viejo y achacoso... Mi hija con una salud delicada... (Se le acerca y le habla al oído.)

AGENTE.- ¿Cómo tienes valor? Olvidas que hablas con un republicano? Más quiero yo la sangre de un aristócrata que todos los tesoros del mundo... Vamos.

M. LOYZEROLE.- Ten compasión siquiera de estos dos padres desgraciados...

EDUARDO.- ¿Qué vais a hacer?... ¡Más vale perder la vida que humillarse ante ese malvado!...

AGENTE.- ¡Insolente!...

MATILDE.- ¡Por Dios, Eduardo!... Mira que nos pierdes...

AGENTE.- Yo castigaré su osadía...

M. LOYZEROLE.- Sírvanle de disculpa sus pocos años... Es joven, fogoso, y en un arrebato... ¿No es verdad que no has querido ofenderle?... (Eduardo calla.)

AGENTE.- Muy alta tiene la cabeza... Y es mala señal en estos tiempos... Vamos...

Escena VIII

Dichos, ROBERTO.

Éste aparece en medio de los riscos.

MATILDE.- ¿No veis, padre mío, quién está allí?...

MARQUÉS.- ¿Quién?

MATILDE.- Roberto.

MARQUÉS.- ¡Dios de mi vida!...

MATILDE.- Tal vez no habrá olvidado tantos beneficios.

MARQUÉS.- Mira, Roberto, mira en la situación en que me hallas... Recuerda dónde naciste..., dónde te criaste... Recuerda el último encargo que te hizo al morir tu buen padre... Una palabra, una sola palabra y nos salvas...

ROBERTO.- ¡A París! (La gente armada corre y cerca al marqués y a M. de Loyzerole y a sus hijos; los bandidos se van por el lado de los sepulcros; Roberto permanece inmóvil. Cae el telón.)

Acto cuarto

El teatro representa una cuadra de una cárcel de París; en el fondo una puerta con un verja de hierro que se supone conduce fuera del edificio; a cada ángulo un corredor o galería. A la derecha de los actores, calabozos una escalera que lleva al piso alto; al lado de enfrente, ventanas con verjas que dan a la calle; bancos, sillas, mesas. Es de noche

Escena I

Habrá una mesa con botellas y copas; alrededor, algunos PRESOS.

PRESO 1.º-  Qu  adelantas con estar triste?  Los has de resucitar?

PRESO 2.º-  Y no es natural que sienta a mis compatriotas?...  Dotados de talento, elocuentes, amantes ardent simos de la libertad de su patria y sacrificados de un modo tan bárbaro y cruel...

PRESO 1.º- Nadie te dice lo contrario; pero, la verdad, tus dichosos girondinos, a pesar de su talento y de sus virtudes, no han hecho sino daño a Francia. Nunca se supo a punto fijo lo que querían, y ellos mismos tampoco lo supieron. Minaron el trono y no acertaron a fundar la república; intentaron salvar a Luis Capeto y contribuyeron a llevarle al cadalso; revolucionarios de agua dulce, la vista de la sangre les causaba espanto: amagaban siempre y nunca descargaban el golpe...  S lo mostraron resolución a la hora de la muerte!...

PRESO 3.º- Más he sentido yo a los dos poetas que llevaron ayer a la guillotina...  Tan mozos, con tanto ingenio!... Diciendo versos iban y abrazados como hermanos en la fatal carreta...

PRESO 2.º-  Pobre Ch nier!... Hasta los mismos verdugos dicen que les dio lástima.

PRESO 1.º- A los verdugos puede ser y pero lo que es al tribunal revolucionario..., parece que se ceba con más ferocidad mientras más ilustre es la víctima...

PRESO 3.º- Estos días se muestra más feroz que antes...

PRESO 1.º- Lo mismo les sucede a las fieras cuando se sienten en la agonía...

PRESO 2.º-  Pues qué!  Tienes alguna esperanza?...

PRESO 1.º- Certeza... Los malvados están desunidos, desconfían unos de otros, se esp an, se acechan... y el odioso triunvirato se va quedando solo, aislado, expuesto a las iras de todos...

PRESO 2.º- Pero ¿te olvidas del error que infunde?...

PRESO 1.º- Pues ese mismo terror es el que ha de perderle... Después de la muerte de Danton y de verle sacrificar como moderado, ¿quién puede reputarse seguro?... Cada cual tiembla por sí; pero el mismo exceso del miedo podría algún día infundirles aliento...ese día quizá no esté lejano...

PRESO 2.º- ¡Ojalá!...

PRESO 1.º- La última vez que habló Robespierre a la Convención, dicen que la halló muda, fría, impasible, en vez de mostrarse obsequiosa y prostituida, como cuando se arrastraba a sus pies... No lo dudéis, amigos; si escapamos de la próxima tormenta, ya podemos decir, que estamos a salvo... (Los otros hacen un gesto de duda.) ¿No?... Pues entonces, amigos míos, iremos por el mismo camino que otros; y por lo que hace a mí, no han de tener el gusto de decir que me han visto amarillo... ¡Fuera penas!... Allá va la canción que las destierra todas: (Canta.)

1.^a

Fugaz es la vida,
la senda escarpada,
incierto la ida,
su fin es la nada...
De mirto y beleño
ciñamos la sien:
¡la muerte es un sueño;
dormir es un bien!

(Todos en coro.)

¡Bien, bien!
Cantemos también.

2.^a

Con rosas y flores
cubrid el camino...
Cuidados, temores,
ahogad en el vino...
De mirto, etc.

3.^a

A viles tiranos
la muerte acobarda;
los libres ufanos,
la invocan si tarda.
De mirto, etc.

(Desde el fondo de las galerías repiten otros en coro:)

¡Bien, bien!

Cantemos también.

PRESO 1.º-¡Hola!... Parece que por allá nos responden... Ahí está la última redada... Y se conoce que es gente de buen humor... Vamos a fraternizar con ellos... Para trabar pronto amistades ningún sitio mejor que la cárcel... Así como así, no hay ahora en Francia un lugar donde se respire con más libertad: ¿quién me quita a mí el gritar muera Robespierre?... (Desde el fondo de las galerías responden:) ¡Muera!

PRESO 1.º- ¿Veis como también hacen coro?... Vamos allá...

LOS OTROS.- Vamos. (Al irse encaminando a la galería de la derecha bajan por la escalera el marqués y Matilde.)

PRESO 1.º- Ahí viene aquel pobre viejo apoyado en su hija, que parece a la piadosa Antígona, según nos la pintan en los cuadros.

PRESO 2.º- ¡Qué linda es! ¡Y qué porte tan modesto!...

PRESO 1.º- Capaces son esos bárbaros de sacrificarla también.

PRESO 3.º- Yo será la primera.

Escena II

EL MARQUÉS, MATILDE.

MATILDE.- Aquí a lo menos sabremos antes lo que les ha sucedido... ¡Si no tengo sosiego en parte alguna!...

MARQUÉS.- ¿Y por qué te pones en lo peor? No, hija mía, no querrá Dios... Bastante desgraciados somos ya...

MATILDE.- No sé, padre mío, pero ¡tengo tan oprimido el corazón... desde que esta mañana desperté y supe que hoy mismo iban a juzgarlos!...

MARQUÉS.- No te aflijas así, Matilde, vas a caer mala... ¡y ésa es la única desventura que todavía me faltaba!...

MATILDE.- Yo tengo ánimo..., pero cuando recuerdo lo que ha hecho ese tribunal y la sangre que ha derramado, y que Eduardo y su padre están ahora en su presencia... ¡Dios mío de mi vida, ten piedad de nosotros!...

MARQUÉS.- ¿Ves lo que haces? Ni aun puedes tenerte en pie... ¡Y tu pobre padre!...

MATILDE.- ¡Perdón, padre mío!...

MARQUÉS.- ¿De qué?...

MATILDE.- De que debiera consolaros... Pero ¡si me está ahogando la pena!...

MARQUÉS.- Sentémonos aquí... (Se sientan en un banco.) Tal vez no tarden en llegar y quizá no será tan grave el mal como tú lo imaginas... Enjúgale los ojos, Matilde mía, que no te vean llorosa... Vas a afligir a Eduardo si te halla en ese estado... Bien, muy bien... Así te quiero yo, hija mía, tan dócil y tan buena... ¿Qué miras?...

MATILDE.- Me pareció que sentía ruido...

MARQUÉS.- No...

MATILDE.- Ya tardan demasiado.

MARQUÉS.- ¿Por qué? ¿Crees que habrán sido los únicos que hayan ido hoy al tribunal?... ¡Habrán ido tantos desgraciados!...

MATILDE.- Lo que más me atormenta es conocer el carácter de Eduardo, franco, noble, incapaz de doblez y disimulo... Temo que su misma sinceridad le haya perjudicado... Tal vez una palabra imprudente le cueste la vida...

MARQUÉS.- No, hija mía, Eduardo tiene talento, ve su situación y no ha de haber querido sacrificarse inútilmente... La vista de su padre y tu memoria habrán bastado para contenerle...

MATILDE.- ¡Vuestras palabras me consuelan! Pero tengo en el fondo del corazón una desconfianza... Mentira me parece que he de volver a verle.

MARQUÉS.- ¡Dios los traiga con bien!

Escena III

Dichos, ALCAIDE.

Este viene de la galería por donde fueron los presos.

ALCAIDE.- ¡Qué locos!... Y se figuran que los demás somos lo mismo... Brindis y más brindis; ¿si creerían que el alcaide Marcelo iba a dar con el cuerpo en tierra?... ¡No faltaba más!... Lo que es así un poquillo alegre; y si no, ¿quién había de aguantar una vida tan perra? (Al marqués.) ¿Quién os ha permitido venir?

MARQUÉS.- Hacía tanto calor en el calabozo, que hemos venido a respirar un poco...

ALCAIDE.- ¿Y con qué licencia?

MARQUÉS.- Como lo hemos, hecho otras veces, y tu hijo nos lo ha permitido...

ALCALDE.- Mi hijo... Siempre mi hijo... El manda en su persona y yo mando aquí.

MATILDE.- No os enfadéis... Esperábamos a ver si venían unos amigos nuestros.

ALCAIDE.- ¿Visitas a estas horas?

MATILDE.- Son otros presos como nosotros...

ALCAIDE.- ¿Los que han ido esta tarde al tribunal revolucionario?... ¿Por qué te estremeces? Si son inocentes nada tienen que temer; y si son, culpables..., la plaza de la Revolución está cerca.

MARQUÉS.- Vamos, hija mía, vamos.

MATILDE.- El corazón me ha dado un vuelco de sólo oír esa palabra... No lo permita Dios.

ALCAIDE.- Ya es hora de que cual se retire a su calabozo... ¡Pronto!... (El marqués sube las escaleras con su hija.) Estos aristócratas siempre gimiendo y llorando... Por eso me gustan los patriotas, que van a la guillotina riendo y cantando, como si a una fiesta.

Escena IV

EL ALCAIDE y los PRESOS de la primera escena.

PRESO 1.º - Esta. noche tenemos asunto...

ALCAIDE.- ¡Asueto!... Ya veis aquí señal, que la traigo en la mano. (Un manojito de llaves.)

PRESO 1.º- Pero ¿es posible, corazón de piedra, que no has de dejar estos ciudadanos en plena libertad para pasearse por esta sala? ¿Ignoras que nacimos libres, que somos libres y libres moriremos?...

ALCALDE.- A mí no me gustan retóricas... Lo que está mandado está mandado...

PRESO 1.º- ¿Y el derecho de insurrección que nos compete a todos. Tú eres aquí el tirano y nosotros nos rebelamos...

ALCAIDE.- Poca conversación. ¿Creéis que por cuatro tragos que habéis dado, que os vais a burlar mis barbas?...

PRESO 2.º- Déjale, que se pone penoso cuando bebe, y esta noche, con el calor, está peor que otras.

PRESO 1.º- Pues si se lleva el diablo aquella gente le hemos de colgar de una ventana... Cancerbero, ya estamos a tus órdenes.

ALCAIDE.- Dos en cada calabozo.

PRESO 1.º- Si no somos más que cinco... Con el humo del coñac se ir antoja que somos doce...

PRESO 2.º- Buenas noches, hasta mañana...

PRESO 1.º- Si es que estamos vivos mañana...(Va a su calabozo cantando estos versos:)

A dormir, a dormir, ciudadanos:
de cerrojos escúchase el son;
y el alcaide ya ostenta en sus manos
la seña, de la vil opresión.

(El alcaide los encierra en los calabozos y se va por la escalera.)

Escena V

M. LOYZEROLE, SU HIJO.

Entran por la puerta del fondo acompañados del hijo del alcaide, que los deja en la sala y se va por una galería

EDUARDO.- Yo ya no podía más... ¡Cómo estará Matilde!... Y luego aguardar tanto tiempo después de haber comparecido ante aquel indigno tribunal... ¿Qué tenéis, padre mío?

M. LOYZEROLE.- Nada, hijo...

EDUARDO.- No, me engañáis... Os estoy leyendo en el semblante lo que está asando en vuestra alma...

M. LOYZEROLE.- ¿No es natural que esté triste después de haber pasado unas horas tan crueles?...

EDUARDO.- Sí; pero estáis haciendo esfuerzos para contener las lágrimas; y eso me aflige aún más...

M. LOYZEROLE.- ¡Hijo mío!... (Le abraza.)

EDUARDO.- Así... Así desahogaréis vuestra pena. ¿Dónde mejor que en los brazos de un hijo?... Pero yo no sé por qué os afligís de esa manera... No hay motivo para tanto. Aún no sabemos la sentencia; y por inicuos que sean...

M. LOYZEROLE.- Tú no los conoces como yo; eres joven, confiado y juzgas a los demás por tu corazón... Esos malvados son capaces de todo... Y si te sucediera a ti una desgracia... ¡No, Dios mío, no!... ¡Mil veces morir antes!...

EDUARDO.- Pero ¿por qué os atormentáis imaginando lo peor?

M. LOYZEROLE.- Temblando estaba cuando te hacían aquellas preguntas tan capciosas, tan pérfidas... Quería hacerte señas; pero tú ni siquiera atendías... A cada palabra que pronunciabas se me helaba la sangre en las venas, temiendo que te comprometieses... ¡Y quién sabe!...

EDUARDO.- Pero ¿cómo conservar la tranquilidad al ver aquellos jueces, los jurados, más viles que ellos, y convertido el tribunal en una caverna de asesinos?... Harto me reprimí: cien veces contuve las palabras que se iban a escapar de mis labios... Y si no os hubiese tenido delante..., si no hubiese pensado en Matilde..., la vida hubiera dado por darles el nombre que merecen...

M. LOYZEROLE.- ¿Y qué habrías conseguido con eso? ¡Quizá les has dicho demasiado!...

EDUARDO.- No lo temáis, no; el mismo cariño que me tenéis os abulta el peligro, pero yo estoy cierto de no haberme excedido... ¿No me veis tan sereno?... ¡Lo único que me aflige es el pensar lo que habrá padecido Matilde!... No la apartaba un instante de mi memoria... Me estaba deshaciendo, ¡y cada hora que pasaba me parecía un siglo! ¡Cuánto habrá padecido la infeliz en tantas horas de incertidumbre!... ¡Y qué noche tan terrible le espera sin saber siquiera de mí!...

M. LOYZEROLE.- ¿Y qué remedio, hijo mío?

EDUARDO.- ¡Yo conozco su ternura, sé el amor que me tiene y el estado en que la dejé!... ¡Capaz es de que la cueste el juicio sí se la deja abandonada a su imaginación... Si pudiera siquiera avisarla...

M. LOYZEROLE.- ¿Cómo?...

EDUARDO.- ¡Si le escribiera dos renglones no más... para que supiera que vivo, que no tiene nada que temer, que me verá mañana!...

M. LOYZEROLE.- ¿Estás en ti, hijo mío? Olvidas dónde te hallas y la situación en que te encuentras.

EDUARDO.- No lo creáis... No es tan difícil... El hijo del alcaide tiene muy buen corazón; lo disimula por evitar las reconvenciones de su padre; pero yo le he visto más de una vez compadecerse de los desgraciados y aliviar los rigores de la prisión... Es joven como yo, recién casado, ama con ternura a su mujer... ¡Quién sabe! Tal vez comprenderá mi situación y querrá proporcionarme ese consuelo...

M. LOYZEROLE.- ¡Qué ilusiones te formas, hijo mío!... Siempre el mismo carácter: juzgar por ti a los demás...

EDUARDO.- Pero ¿qué aventuro en proponérselo?... ¿El llevar una carta a Matilde es acaso un crimen de Estado?... Yo estoy cierto de que está despierta; que aguarda algún aviso mío; que está consolando a su buen padre o rogando a Dios por nosotros... ¡Qué placer va a sentir en su alma cuando vea mi letra!...

Escena VI

Dichos. EL HIJO DEL ALCAIDE

Este se queda alguna distancia; trae un llavero en la mano

EDUARDO.- Ahí viene... Voy a probar fortuna...

HIJO.- Ya es la hora... Y si no lo lleváis a mal...

M. LOYZEROLE.- Nada de eso...

HIJO.- Así como así, falta muy poco de noche, y son ahora tan cortas...

M. LOYZEROLE.- No es poca fortuna para los pobres encarcelados; eternas parecen las horas cuando no se tiene siquiera el consuelo de ver la luz del sol... Vamos a descansar un poco, y Dios nos conceda ver más tranquilos el día de mañana.

Escena VII

M. DE LOYZEROLE entra en uno de los calabozos; EDUARDO se queda detrás, detiene al hijo del ALCAIDE y se pone a hablar con él, después de observar que están solos.

EDUARDO.- Un favor tenía que pedirte contando con tu buen corazón... ¿No es verdad que no me lo negarás?

HIJO.- Según y conforme.

EDUARDO.- Es una cosa muy pequeña para ti, y a mí me das la vida...

HIJO.- Pero explícate...

EDUARDO.- Dime antes que sí...

HIJO.- Como pueda, lo haré.

EDUARDO.- Tú sabes lo que amo a esta joven...

HIJO.- Bien...

EDUARDO.- Va a ser mi esposa... La amo más que a mi vida...

HIJO.- Bien...

EDUARDO.- La he dejado pena al verme ir hoy al tribunal; se hallará en la mayor angustia... Temerá tal vez que me hayan condenado...

HIJO.- ¿Y qué quieres?..

EDUARDO.- Una carta... Dos renglones no más... Irá abierta y podrás leerla... No más que decirle que vivo, que estoy aquí, a pocos pasos de distancia... ¿Por qué dudas?... ¡Me haces el mayor favor que pudieras hacerme en la vida!...

HIJO.- ¿La tienes escrita?...

EDUARDO.- Al momento la escribiré... ¿Con qué podré pagarte esta fineza?...

HIJO.- Con nada...

EDUARDO.- Yo estaba seguro; cuando se ama como tú amas a tu mujer... No vuelvas el rostro... ¿Qué mayor gloria en el mundo que tener un alma sensible?...

HIJO.- Vamos... Pronto...

EDUARDO.- Voy al instante... Pero se me ocurre... Si no te enfadaras...

HIJO.- ¿Todavía más?...

EDUARDO.- Ya que haces el favor, ¿por qué no lo haces completo?...

HIJO.- ¿Qué quieres decir con eso?

EDUARDO.- No me atrevo...

HIJO.- Despacha...

EDUARDO.- Si quisieras que yo le llevara...

HIJO.- ¿Estás loco?... Ya no hago nada; eso es abusar...

EDUARDO.- Tienes razón... Perdóname; pero si tú vieras lo que está padeciendo mi corazón... Si supieras lo que la adoro... En vez de enfadarte me tendrías compasión.

HIJO.- (Aparte.) ¡Pobrecillo!... Las lágrimas se le han saltado... (Recio.) No me he enfadado, no; pero como pides una cosa imposible...

EDUARDO.- ¿Y por qué? Nada más fácil... Tu padre estará ya durmiendo, y tiene toda su confianza en ti... Tú haces la requisa de medianoche; y basta que el encerrarme ahora dejes la puerta en falso...

HIJO.- ¡No faltaba más!...

EDUARDO.- ¿Creéis por ventura que trato de escaparme?... Aun cuando hallara todas las puertas abiertas de par en par... Tengo aquí dos pedazos de mi corazón... En cuanto no se sienta ruido sigo en silencio, la escalera está a mano, llego a la puerta del calabozo... y por los hierros le arrojo la carta... Me basta que sepa que soy yo... Decirle callando, muy callandito... Ni la tierra lo sentirá...

HIJO.- Tú todo lo hallas fácil... ¡como no aventuras nada!...

EDUARDO.- Supón que se tratara de tú mujer..., que supieras que estaba triste, desconsolada..., temiendo no volver a verte; y tú mismo tal vez en vísperas de salir al suplicio, ¡cuánto no agradecerías que te concedieran un favor semejante!...

HIJO.- La verdad... Yo quisiera darte ese gusto..., pero...

EDUARDO.- No vaciles; sigue el impulso de tu corazón, que es la mejor guía...

HIJO.- Yo no sé en lo que consiste..., pero siempre acabas en hacer de mí lo que quieres...

EDUARDO.- ¡Cuánto te lo agradezco!... Estaba ahogándome de pena y me vuelves la vida... (Le coge la mano y la estrecha con la suya.)

HIJO.- ¿Qué haces?... Ya que están todos recogidos no hay que perder tiempo...

EDUARDO.- Voy volando... (Entra en su calabozo; el hijo del alcaide hace ademán de cerrar la puerta, pero la toca para cerciorarse de que no lo está.)

Escena VIII

EL HIJO DEL CARCELERO.

Ya mirando por las rejillas de las puertas de los calabozos, y luego se sienta en un banco.

EL HIJO DEL CARCELERO.- Alberto... Alberto... Tú no naciste para este oficio... Un día y otro día, no ver más que lástimas, sin poder aliviarlas ni manifestar siquiera que se sienten... Mi pobre mujer tiene razón... Más vale ganar un pedazo de pan regado con el sudor de la frente, que no con las lágrimas de los desgraciados... Y si Dios nos concede un hijo, entonces... ya se lo he ofrecido: no quiero que se críe aquí, sino en medio de los campos, y nosotros con él... ¡Qué felicidad!... ¡Ea!... Fuera pereza... y vamos a concluir la requisa. (Coge un farol que habrá sobre una de las mesas y se va por una de las galerías. En el fondo del teatro se ve sólo una luz y queda casi a oscuras.)

Escena IX

EDUARDO solo.

Abre con tiento la puerta, saca la cabeza y observa.

EDUARDO.- Todo está en el mayor silencio. No hay que perder la ocasión..., pero no sé lo que me pasa... que no acierto a mover un pie. No parece sino que voy a cometer un delito o que me amenaza alguna desgracia... Voy a ver a Matilde, a decirla aquí estoy, y te amo más que a mi corazón... ¡Qué sorpresa va a tener y cómo me lo agradecerá!... (Sube por la escalera.)

Escena X

COMISARIO DEL TRIBUNAL, ALCAIDE y su HIJO.

Abrese la puerta del fondo y entran delante el ALCAIDE y su hijo, con un farol cada uno, precediendo al COMISARIO DEL TRIBUNAL, que trae un pliego en la mano y viene seguido de otros subalternos del mismo

COMISARIO.- (Al hijo del alcaide.) Reúne en la sala del Rastrillo a los condenados a muerte. (Vase el hijo del alcaide.)

Escena XI

Dichos, menos EL HIJO DEL ALCAIDE.

COMISARIO.- ¿Cuántos de ellos hay en esta cuadra?

ALCAIDE.- ¿Aquí?... No lo sé...

COMISARIO.- ¿Estás dormido o borracho?

ALCAIDE.- Me había quedado un poco vencido..., y como es más temprano que otras veces...

COMISARIO.- Basta. ¿Cuántos de lista hay en esta cuadra?

ALCALDE.- (Lee en voz baja.) Fontenay... Duval... Laroche... (En voz alta.) Sólo uno... Eduardo de Loyzerole...

COMISARIO.- ¿Dónde está?

ALCAIDE.- En ese calabozo...

COMISARIO.- ¡Abre, Eduardo de Loyzerole!... (Silencio.) (Más recio.) ¡Eduardo de Loyzerole!

Escena XII

Dichos, M. LOYZEROLE. Sale aceleradamente

M. LOYZEROLE.- ¡No gritéis!... Aquí está...

COMISARIO.- Eduardo de Loyzerole, el Tribunal revolucionario te ha conde nado a muerte...

M. LOYZEROLE.- ¡Dios mío de mi vida!...

COMISARIO.- ¡Y en cuanto amanezca se ejecutará la sentencia!... Vamos a notificarla a los demás. (Se retira con el alcaide y algunos subalternos; quedan otros en el fondo del teatro.)

Escena XIII

M. LOYZEROLE.

M. LOYZEROLE.- ¡Dios mío, no me desamparéis en este momento!... Dadme fortaleza para hacer este sacrificio... Voy a morir por mi hijo..., por el hijo que tú me diste, que tú has bendecido... Voy a unirme a su virtuosa madre y a rogar por él en tu presencia... Si alguien me viera así... y creyera que temía a la muerte, ¡qué vergüenza!... (Se enjuga las lágrimas.) Voy a escribirle dos palabras no más... Aquí... en el libro de memorias..., donde está el retrato de su madre que llevaba siempre sobre mi corazón... (Escribe con un lapicero.) «¡Hijo de mis entrañas!... Dos veces te he dado la vida..., consérvala, hijo mío... Yo te lo ruego con todas las veras de mi alma... y pide a Dios por tu infeliz padre!» (Besa el retrato, que vuelve a poner el libro.) Basta, basta... Si viniera mi hijo... Si supiera que iba a morir por él... No... No... Me parece que suena ruido... (A los guardas.) Llevadla, pronto... Pronto... (Mirando a la escalera.) ¡Adiós, hasta la eternidad!...

Escena XIV

M. LOYZEROLE Y EL HIJO DEL ALCALDE.

HIJO.- ¡Vos también!

M. LOYZEROLE.- Sí... También... esta memoria a mi hijo... Pero no se la des hasta mañana, ¡y dile que en este momento le he echado mi bendición...

HIJO.- ¡Pobre anciano!... ¡Y qué pena tan grande va a tener su hijo!...

Escena XV

EDUARDO, EL HIJO DEL ALCAIDE

EDUARDO se asoma a lo alto de la escalera

EDUARDO.- ¿Eras tú? Sentí ruido en la sala... y no me atreví a bajar, temiendo que fuesen otros... ¿Ves cómo ha salido bien? ¡Cuánto te agradezco esta fineza!... Pero ¿qué tienes que me miras así? (Vuelve la cara hacia el cala. bozo.) ¿Quién ha abierto la puerta?... (Corre allá, entra y vuelve a salir desatentado.) ¡Mi padre!... ¡Mi padre!... ¿Dónde está mi padre?... ¡Responde!... ¡Padre mío de mi alma!... ¿Dónde estás? (Coge la lista, que está en una mesa, la lee para sí con la mayor agitación, se le cae de las manos y permanece inmóvil. En esto se oye estrépito hacia el fondo del teatro y se oye gritar: «¡Viva la República!... ¡Viva!...» Pasan por detrás de la verja el comisario del Tribunal, y en un grupo, M. Loyzerole, con otros presos y los agentes de dicho Tribunal; algunos llevan hachas encendidas. Eduardo, al oír el ruido, dirige hacia allá, y al aproximarse al a reja retrocede y cae sin sentido.)

EDUARDO.- ¡Jesús mil veces!...

Acto quinto

La misma decoración del acto anterior. Es de día

Escena I

EDUARDO, JUAN.

EDUARDO parece abismado en su pena; está sentado hacia el lado de los calabozos;
JUAN, en pie

JUAN.- Pero ¿es posible que ni siquiera me respondáis? ¿Por qué lo haré yo sino por vuestro bien?... Sin descansar un instante, sin tomar alimento..., así os vais a quitar la vida, y eso no es lo que manda Dios. ¡Si vierais qué afligida está la señorita Matilde!... No hace más que llorar; cada instante pregunta por su Eduardo..., y yo no sé ya qué contestarle. Hasta le he dicho algunas mentirillas para consolarla... Que habíais tomado un poco de caldo... Que estabais más sosegado... Que me habíais preguntado por ella... Se puso tan

animada cuando lo oyó que parecía otra; pero si viene y os encuentra así... (Volviendo la cara. Aparte.) Dicho y hecho, ahí viene... Que no cabe a peor ocasión.

Escena II

Dichos. EL MARQUÉS, MATILDE

MATILDE.- ¿Cómo sigue?

JUAN.- Poco más o menos...

MATILDE.- ¿Ves como me engañabas?... ¡Bien me lo decía el corazón!...

MARQUÉS.- Vamos, hijo mío; es menester que no te abandones así... ¿Qué va a ser de este pobre viejo con tantas penas y sin nadie que le consuele?

MATILDE.- Disculpadme, padre mío; pero ¡tengo tan traspasada el alma!... Ver a Eduardo en ese estado..., sin proferir una palabra... y como si hubiese perdido la razón... Si llorase... Si se quejase siquiera..., ya tendría ese des. ahogo; pero si sigue como está...

MARQUÉS.- ¡No, Matilde, no querrá Dios!... El dolor le ha sobrecogido... Ha sido tan recio el golpe..., tan inesperado... Pero, en pasando algún tiempo, volverá en sí y le verás más tranquilo... Si fuesen ciertas las voces que corren... Si nos viésemos pronto fuera de la prisión..., tal vez en perdiendo de vista estos objetos que le recuerdan su desgracia, respirando el aire del campo..., con nuestros cuidados y con tu cariño...

MATILDE.- ¡Dios lo haga!... Porque yo no tengo corazón para verle así... (Se acerca a Eduardo.) Eduardo..., soy yo... ¿No me conoces?... Mírame... Soy Matilde, que decías que amabas tanto... (La mira y no contesta.) Una palabra, una palabra siquiera... No exijo más de ti... (Se sienta a su lado, y al otro lado el marqués.)

MARQUÉS.- Estás aquí, entre tus amigos que vienen a consolarte en tus penas..., a compartirlas, a llorarlas contigo... ¿Por qué no explicas tu corazón y verás como sientes alivio?...

MATILDE.- Sé dócil, Eduardo; escucha los consejos de mi padre...

EDUARDO.- (Levantándose de improviso.) ¡De tu padre!...

MATILDE.- Sí, Eduardo. ¡Pues qué! ¿No le conoces?... Mira qué sudor corre por tu frente... Siéntate, Eduardo, siéntate a mi lado, que yo lo enjugaré... (Siéntase con el mayor abatimiento.)

EDUARDO.- No me muestres esa compasión... Yo no la merezco... ¿Sabes tú con quién estás hablando?... Yo te lo diré a ti, a ti sola... (Con reserva.) ¡Yo he asesinado a mi padre!... (Ella se cubre con las manos el rostro.) ¿Te horrorizas?... Tienes razón; pero ¡no te causo a ti más horror del horror que me causo a mí mismo!...

MATILDE.- ¿Por qué te atormentas de esa suerte?

EDUARDO.- ¿Lo dudas?... Pues es la verdad; ¡ojalá pudiera borrarla con toda la sangre de mis venas! Escucha; pero cuidado con revelar a nadie mi secreto... Yo me hallaba con mi padre en una cueva de asesinos... Estaba con él noche y día, velaba por su vida, mil veces más preciosa que mi vida..., pero un momento, un momento solo le abandoné..., ¡y cuando volví le hallé muerto!... ¡Su hijo, su ingrato hijo es quien le ha asesinado!...

MATILDE.- ¡Yo no puedo más, padre mío!...

MARQUÉS.- Mejor es dejarle unos instantes hasta que esa fatal idea se aparte de su imaginación.

MATILDE.- ¡Infeliz!... ¡Qué tormento está padeciendo en su alma! La muerte misma no fuera más cruel... (Eduardo queda como abismado en su pena; Juan viene a su lado, Matilde y su padre se apartan algún tanto.)

Escena III

Dichos. PRESOS que vienen por ambas galerías, entre ellos de todas condiciones, y algunas MUJERES

PRESO 1.º- Aquí es mejor, donde todos oigan...

VOCES.- ¡Todos!... ¡Todos!...

PRESO 1.º- No hay que agolparse así... Un poco de silencio.

PRESO 2.º- ¡Silencio!

PRESO 3.º- Sobre una mesa, y hazte cuenta que estás en la tribuna.

PRESO 1.º- (Se sube sobre una mesa y lee un impreso.) «¡La patria se ha salvado!... Y hoy acabó la tiranía...»

TODOS.- ¡Viva!...

PRESO 1.º- «La Convención Nacional se ha cubierto de gloria; y pocos instantes han bastado para echar por tierra la obra de la iniquidad y sus autores...»

TODOS.- ¡Mueran!...

PRESO 1.º- (Leyendo.) Apenas se reunió la Asamblea, Tallien se abalanza a la tribuna, más terrible y amenazador que una nube tempestuosa...

»Llegó el día de desgarrar el velo... «Sí... sí...» (Gritan de todas partes.) Pues bien, oídmelo: si no tenéis valor para descargar el hacha de la ley la cabeza del nuevo Cromwell, yo lo tengo para atravesarle el corazón... Diciendo esto mostró en su diestra un puñal que brilló en los aires como el puñal de Bruto...»

TODOS.- ¡Viva!...

PRESO 1.º- (Leyendo.) «A su vista Robespierre se queda pálido, desconcertado, como quien ve en los ciclos su sentencia de muerte... Hace el último esfuerzo y corre desatentado a la tribuna..., se vuelve a la montaña, y un grito de indignación confunde sus acentos...»

TODOS.- ¡Viva!...

PRESO 1.º- (Leyendo.) «Se vuelve la llanura que sus verdugos han dejado casi desierta; y todos apartan el rostro con espanto...»

TODOS.- ¡Viva!...

PRESO 1.º- (Leyendo.) «Invoca la autoridad del presidente y cien veces invoca en vano... ¡Presidente de asesinos (clama en su frenesí), dejame siquiera que hable!... Ni aun acabó de pronunciar estas palabras que se pegaron a sus fauces..., y una voz le gritó desde lejos: «La sangre de Danton te ahoga!...» Al oír aquel nombre cayó en su asiento como herido de un rayo: Saint-Just, a su lado, impasible; el deforme Couthon, revolcándose por el suelo, cual un reptil inmundado...»

TODOS.- ¡Mueran!...

PRESO 1.º- (Leyendo.) «Agólpase cien oradores a la tribuna; los decretos se votan por aclamación, en medio de un ruido espantoso; todos acusan; nadie defiende a aquellos monstruos; y los que hoy al salir el sol aterraban con nombre a la Francia, se ven a la hora esta encarcelados, proscritos, próximos a satisfacer en el cadalso la justa venganza del pueblo... ¡Viva la libertad!...¡Mueran los tiranos!...»

TODOS.- ¡Mueran!...

PRESA 1.ª- Con cien vidas no pagan...

PRESA 2.ª- Yo no sé qué daría por expirar a esos infames... ¡Toda mi familia la han sacrificado!...

PRESA 3.^a ¡Hipócrita!... ¿Si creerían engañar a Dios con la fiesta del Ser Supremo?... ¡Aquel mismo día pudo ya leer en los rostros su próxima caída!...

PRESA 2.^a Dicen que quería hacerse pontífice, dictador, ¡qué sé yo cuántas cosas!...

PRESA 1.^a Pues ya llegó su hora, como les llega a todos los malvados. (Cierta número de presos se aparta y se agrupa a un lado, a la izquierda de los actores.)

PRESO 1.^o No perdamos el tiempo, que es precioso... ¡y tal vez lo lloraríamos luego!...

PRESO 2.^o ¿Pues dudas acaso?...

PRESO 1.^o No, pero temo la debilidad de la Convención y que ese impulso no haya sido sino un arrebató pasajero... Los jacobinos, tan dispuestos al combate..., cuentan con el comandante general Henriot y con la fuerza armada de las secciones... Cuentan con la Municipalidad..., pronta a dar la señal de la insurrección...

PRESO 3.^o Siempre te pones en lo peor...

PRESO 1.^o Porque no me alimento con ilusiones... No debemos perder un momento; nuestros amigos están prevenidos... y la ocasión no puede ser más favorable; tal vez habrán puesto la señal desde la casa de enfrente...

PRESO 2.^o Voy a verlo. (Va, y los demás se quedan hablando en secreto.)

MUJER 1.^a Cuando estamos todos tan alegres, me da lástima ver a aquel buen señor y a su hija, que parece un ángel...

MUJER 2.^a No es extraño... ¡Han recibido un golpe tan terrible!...

MUJER 3.^a Vamos a acercarnos y les servirá de consuelo...

MUJER 2.^a Hoy es día de abrazarnos todos como hermanos... (Van hacia ellos.)

PRESO 2.^o En la ventana más allá hay una cinta tricolor...

PRESO 1.^o Pues no hay duda; ya está todo dispuesto... Sólo es menester que demos nosotros el golpe... A la primera señal...

PRESOS 2.^o y 3.^o Basta. (Se oye ruido de gente por la calle y se distinguen las voces «¡Mueran los tiranos!...») Los presos se asoman a las ventanas y responden: «¡Mueran!...»)

PRESO 2.^o Van hacia la Convención, que tal vez se hallará amenazada...

PRESO 1.^o ¿No, os lo he dicho?... Este día puede ser terrible... Van a correr arroyos de sangre...

PRESO 2.º- Hoy se decide la suerte de la patria...

PRESO 3.º- ¡Hoy se salva!...

PRESO 1.º- Mirad si alguien nos observa...

PRESO 2.º- Nadie... (Preso 1.º saca un pañuelo blanco por entre las rejas.) Ya han sacado otro lienzo blanco y están haciendo señas...

PRESO 1.º- (Como contestando a las señas de enfrente.) Sí... A la puerta todos... Bien está...

Escena IV

Dichos, ALCAIDE.

ALCAIDE.- ¿Qué hacéis ahí? ¡Fuera de las rejas!... ¿No lo tengo mandado?...

PRESO 1.º- ¿Y quién eres tú para hablarnos así?...

ALCAIDE.- ¿Quién soy?... Ya lo veréis.

PRESO 1.º- En el rostro se te conoce, miserable, el miedo que tienes... Prepara tus calabozos para recibir a Robespierre y a otros malvados como él... Esos son dignos de que tú los guardes.

ALCAIDE.- Pronto empezáis a levantar la voz...

PRESO 1.º- Antes levantamos el brazo. (Saca un puñal y le amenaza con él.)

PRESO 2.º- (Interponiéndose.) Déjale, siquiera en gracia de su hijo...

PRESO 3.º- No te manches con esa vil sangre...

PRESO 1.º- Este es el momento... (Se arrojan sobre él y le quitan las llaves.)

ALCAIDE.- ¡Favor! ¡Favor!...

PRESO 1.º- Encerradle en un calabozo..., donde ese infame ha atormentado a tantos inocentes...

PRESO 2.º- ¡Allí podrás gritar hasta que te oiga el diablo! (Le llevan al calabozo donde estuvo M. de Loyzerole.)

Escena V

Dichos, menos el ALCAIDE.

PRESO 1.º- ¡A ponernos en salvo!... Seguidme todos... Nuestros amigos ya estarán a la puerta...

PRESO 2.º- Aprovechemos la ocasión...

PRESO 3.º- (A un grupo de mujeres.) No hay que vacilar... ¿Quién sabe lo que puede suceder?... Y si Robespierre llegara a triunfar... ¡capaz sería de anegar a París en sangre!...

EL GRUPO DE MUJERES.- ¡Vamos!... ¡Vamos!...

PRESO 1.º- Ánimo y seguidnos... Nosotros os abriremos paso...

MUJER 1.ª- (A Matilde.) ¡Ved que todos se van y os vais a quedar solos!...

MATILDE.- ¿Y cómo abandonamos a ese infeliz?...

MUJER 1.ª- ¿Y qué adelantáis con quedaros?...

MATILDE.- Si fuera posible, llevarle con nosotros...

MARQUÉS.- ¿Cómo, hija mía?...

MATILDE.- Intentémoslo siquiera... ¡Eduardo!... ¡Eduardo!... Nos han puesto en libertad, y a ti también...

EDUARDO.- ¡A mí!

MATILDE.- ¡Vámonos fuera de esta prisión; verás qué placer disfrutas al respirar el aire del campo!...

EDUARDO.- ¿Y mi padre?...

MATILDE.- Ya está libre.

EDUARDO.- No... Me engañas... Yo no le dejo aquí...

MATILDE.- Créeme, Eduardo... Se halla fuera y te está esperando.

EDUARDO.- No... No... ¿Quién me lo asegura?...

MARQUÉS.- ¿Conoces este libro de memorias?

EDUARDO.- Sí... Es el de mi padre. (Lo arrebató y lo besa.)

MARQUÉS.- Pues te lo envía en señal de que está aguardando...

EDUARDO.- Vámonos corriendo... ¿Dónde está?... ¡Pronto, que lo estreche en mis brazos!... (Sale apresuradamente y se detiene de pronto al pasar por delante del calabozo donde estuvo su padre; va y se asoma por la rejilla.) ¿Ves como me engañabas?

MATILDE.- No te hemos engañado...

EDUARDO.- ¡Allí está!... ¡Allí está!... Yo no me muevo de aquí si no viene mi padre...

MATILDE.- ¡Por Dios, Eduardo!... Te lo pido con las lágrimas de mis ojos... Que te pierdes... Y nos pierdes a todos...

MARQUÉS.- Hija mía...

MATILDE.- Yo no le dejo así, aunque me costara la vida...

MARQUÉS.- Es preciso salvarle cualquier manera que sea... El infeliz está lejos de conocer el daño que hace... (A su criado.) Juan y tú, a ver si podéis apartarle de esa puerta...

MATILDE.- ¡ Por Dios, con tiento!... Cuidado no le hagáis mal... (Bajan algunos presos por la escalera.)

PRESO 2.º- ¿Aún estáis aquí?...

MARQUÉS.- Por no abandonar a ese desgraciado...

PRESO 2.º- ¡Pobre mozo!...

PRESO 3.º- Todos ayudaremos a salvarle...

MATILDE.- ¡Dios os lo premiará!...

EDUARDO.- ¿Adónde me lleváis? Dejadme... Dejadme...

MATILDE.- Ven con nosotros, Eduardo... ¿No quieres seguir a tu Matilde?...

EDUARDO.- ¡No, yo no dejo a mi padre!... (Matilde va delante al lado de su padre; detrás Juan y el otro criado, llevando de ambos brazos a Eduardo y ayudándoles algunos presos. A los pocos instantes se oye ruido de pasos y entra Eduardo precipitadamente, echa el cerrojo de la puerta y se asoma a la verja.)

Escena VI

Dentro, EDUARDO. MATILDE, el MARQUÉS, JUAN desde fuera.

EDUARDO.- ¿Quién ha podido más?...

MATILDE.- ¡Eduardo de mi alma! ¿Qué has hecho?...

EDUARDO.- Para que no me engañes otra vez.

MATILDE.- ¡Por Dios, Eduardo, por Dios!... Mira que te va en ello la vida...

MARQUÉS.- ¡Abre!... Oyenos siquiera... Te lo decimos por tu bien.

MATILDE.- ¡Yo te lo ruego con todas las veras de mi corazón!... Por el amor que me tuviste... Por el Señor que está en los cielos... De rodillas te lo pido... ¿Quieres más, Eduardo?...

EDUARDO.- No... No... ¡Yo no salgo de aquí sin mi padre! (Óyese a lo lejos una campana que toca a rebato, y se acerca un grupo de gente que pasa por la calle gritando: «¡Muera la Convención!... ¡Viva Robespierre!... ¡Viva!...»)

MARQUÉS.- ¿Oyes, hija mía?... Vámonos de aquí, vamos... Dios tendrá piedad de ese desdichado...

MATILDE.- ¡Eduardo de mi alma y de mi vida!... ¡Eduardo!...

MARQUÉS.- Te sacrificas sin provecho... y sacrificas a tu padre...

MATILDE.- ¡Ay!... (Matilde da un quejido y cae desvanecida en brazos del marqués; éste se aleja con ella, ayudado de Juan.)

Escena VII

EDUARDO, ALCAIDE.

Suenan tres golpes en la puerta del calabozo y dice desde dentro el ALCAIDE

ALCAIDE.- Abrid... Abrid. ¿No hay quién me favorezca?...

EDUARDO.- (Corre, y al abrir la puerta grita:) ¡Padre mío!...

. ALCAIDE. -(Rechazándole.) Aparta, loco...

EDUARDO.- ¿Qué has hecho de mi padre? ¿Dónde está?... -Yo le dejé ahí... (Entra en el calabozo.)

Escena VIII

EL ALCAIDE, paseándose por el teatro con la mayor agitación.

ALCAIDE.- ¿Qué va a ser de mí?... Soy hombre perdido... No sé qué temer ni qué desear. ¡Todos los tormentos del infierno los tengo juntos en mi alma!... Si triunfan los unos, me asesinan; si triunfan los otros, ¿qué respondo yo?... Voy a pagar con mi vida... ¡Y este hijo?... Este hijo maldecido me deja solo, abandonado, en un día como éste!... (Viéndole llegar y abriéndole la puerta del fondo.)

Escena IX

ALCAIDE, SU HIJO.

ALCAIDE.- ¿Ahora vienes, infame?

HIJO.- No ha sido culpa mía; al momento que oí el primer rumor corrí a ponerme a vuestro lado..., pero el tropel de gente me atajó los pasos y de milagro vivo... Uno dijo al verme: «¡Ahí va ese carcelero!...» Y se arrojaron sobre mí para hacerme pedazos... Las mujeres, sobre todo, parecían furias... Por fortuna llegó un oficial que me conocía y a quien había hecho algunos favores..., y para salvarme del furor del pueblo, me condujo arrestado al cuerpo de guardia; a eso sólo le debo la vida...

ALCAIDE.- ¿Y cómo te han puesto en libertad?

HIJO.- ¡Pues qué! ¿No sabéis lo que pasa?... El arresto de Robespierre y de los otros no duró sino pocos momentos... El comandante general Henriot los libertó y los sacó en triunfo... Todos se hallan reunidos en la casa de la ciudad; ya la campana ha tocado a rebato, y en el puente de la Revolución ha sonado el cañonazo de alarma... ¿No lo habéis oído?... La gente que pasó por la calle, ya furiosa contra la Convención... Las secciones acuden en tropel y sólo aguardan la señal para entrar dentro a fuego y sangre...

ALCAIDE.- ¡Infeliz de mí!... ¿Qué disculpa doy? El menor descuido se paga con la vida.

HIJO.- Lo más urgente es ocultaros... Libraos del primer arranque...

ALCAIDE.- No sé qué hacer...

HIJO.- Lo primero es poneros en salvo... (Van hacia la puerta del fondo, y el hijo del alcaide dice:) ¡Gente viene!... Ocultaos corriendo. (Se sube el alcaide por la escalera.)

Escena X

EL HIJO DEL ALCAIDE, COMISARIO DEL TRIBUNAL, ROBERTO, AGENTE DE POLICÍA.

HIJO.- Ni respirar puedo...

COMISARIO.- ¿Dónde está el alcaide?

HIJO.- No lo sé... Yo acabo de entrar...

COMISARIO.- Buscadle por todas partes... y al Tribunal revolucionario... Allí responderá con su cabeza del depósito que le confió la República... (El hijo del alcaide va a echarse a sus pies.) ¡Quitá allá!... Tan malvado eres tú como él... (El hijo del alcaide se retira al fondo del teatro.) Poco les duró su contento... El desengaño ha llegado pronto y la venganza será tremenda...

ROBERTO.- Yo mismo he visto pasar los cañones que llevaban contra la Convención escoltados por un gentío inmenso, y los artilleros con la mecha encendida... Tal vez, a la hora ésta...

COMISARIO.- Las sangrías que se le han hecho no han sido suficientes... Es menester diezmarla y colocar una guillotina en la puerta... ¡Así los representantes del pueblo serán fieles a su mandato!... Toda nuestra diligencia ha sido inútil... Eduardo de Loyzerole se habrá fugado con los demás...

ROBERTO.- Así es.

COMISARIO.- Pero ¿estás seguro de que no era él quien murió en el cadalso?...

ROBERTO.- ¿Pues no he de estarlo?... Yo le conozco hace muchos años... Es mozo todavía; y el que vi llevar a la guillotina era un hombre de edad... Era su padre..., que tampoco se llama Eduardo, sino Carlos...

COMISARIO.- ¿Carlos de Loyzerole?... Ese venía en la lista de los deportados... El Tribunal le había tratado con indulgencia...; pero entonces, pudo suceder?...

ROBERTO.- ¡Quién sabe!... Tal vez el hijo estaría durmiendo y su padre respondió por él!...

COMISARIO.- ¿Si creería salvarle así?... ¡Insensato!...

ROBERTO.- ¡Aquel es!...

AGENTE.- ¡Aquél!...

Escena XI

Dichos, EDUARDO

Los agentes del Tribunal, después de haberse repartido por las galerías y subir otros por la escalera, vienen algunos al calabozo donde está EDUARDO y le sacan fuera

COMISARIO.- ¿Eres tú Eduardo de Loyzerole? (Silencio.) ¿Eres tú Eduardo de Loyzerole?

EDUARDO.- ¿Por qué me lo preguntáis?...

COMISARIO.- ¿Te llamas Eduardo sí o no?

EDUARDO.- Sí; yo no oculto nunca nombre....

COMISARIO.- Pues oye tu sentencia... «El Tribunal revolucionario te ha condenado a muerte...

EDUARDO.- Vamos... Vamos pronto..., o antes que despierte mi padre... ¡Chito! ¡Chito!... Que siquiera se sientan los pasos. (Se dirige en silencio hacia puerta.)

AGENTE.- Parece como si su razón se hubiese perturbado...

COMISARIO.- Tal vez lo finja creyendo así salvarse; pero verás como recobra el juicio a la vista del cadalso.

Escena XII

El teatro representa una plaza con varias calles! entrambos lados. Se ve atravesar la plaza, de izquierda a derecha de los actores, a un representante del pueblo, acompañado por gente armada; una turba le sigue gritando: «¡Viva la Convención Nacional! ¡Vivan los

representantes del pueblo!» Otro grupo de gentes a da leer el edicto que acaban de poner en esquina

HOMBRE 1.º- ¡El que tenga mejor voz!... Y que lo lea recio...

MUJER 1.ª- ¡Y bien recio, para que todos lo oigamos!...

MUJER 2.ª- ¡Que me ahogan!... No apretéis tanto!...

HOMBRE 1.º- ¡Silencio!...

HOMBRE 2.º- (Leyendo.) «En nombre del pueblo francés, la Convención Nacional decreta: Los representantes del pueblo Robespierre, Saint Just, Couthon, Robespierre, el menor, y Lebas quedan fuera de la ley.

»Los miembros de la Municipalidad de París, el comandante general Henriot y todos los que favorezcan la insurrección o la auxilién en sus proyectos liberticidas quedan igualmente fuera de la ley.

»Aprehendidos que sean, y reconocida la identidad de las personas, se les impondrá en el acto la pena de muerte.

»Los comisionados de la Convención Nacional harán promulgar este decreto y requerirán la fuerza armada de las secciones.

»El representante Barrás tomará el mando y marchará inmediatamente contra la Municipalidad rebelde y sus cómplices.

»¡Ciudadanos, la patria está en peligro!... ¡La Convención Nacional os fía su defensa!...

»¡Los representantes del pueblo aguardan en sus asientos la victoria o la muerte!...

»¡Viva la República, una e indivisible!»

VOCES DEL PUEBLO.- ¡Viva!...

PRESO 2.º- Lo primero es acudir a la Convención, antes que la degüellen...

HOMBRE 1.º- ¡Vamos todos!...

LOS DEL GRUPO.- (Responden:) ¡Todos!...

HOMBRE 1.º- Cada cual con las armas que pueda...

HOMBRE 2.º- Que pasen por encima de nuestros cadáveres si quieren penetrar por las puertas...

HOMBRE 1.º- ¡Vivan los representantes del pueblo!...

VOCES EN LOS GRUPOS.- ¡Vivan! (Se dirigen hacia la última calle de la izquierda.)

Escena XIII

El PRESO 1.º viene seguido de un grupo de gente por la callea donde se dirigen los otros.

PRESO 1.º- ¿Dónde vais?

PRESO 2.º- A la Convención.

PRESO 1.º- La Convención ya se ha salvado...

PRESO 2.º- ¿Cómo?... (El grupo se abre y le rodea para oírle.)

PRESO 1.º- Yo no sabré deciroslo... Todo ha cambiado en un instante... Los cañones estaban ya asentados, y el comandante Henriot, ebrio y fuera de sí, dio la voz de ¡fuego!, pero los artilleros se aterraron a la idea de sepultar entre las ruinas a los representantes del pueblo... Algunos de éstos se presentan en aquel terrible momento y leen en voz alta el decreto contra los rebeldes... Pareció cosa de encanto: a un tiempo resonó en todas las filas: «¡Viva la Convención Nacional!...» Y las armas que estaban dirigidas contra ella se vuelven contra los traidores y van a exterminarlos...

HOMBRE 1.º- Todos se hallan reunidos en la Casa de la Ciudad.

HOMBRE 2.º- ¿Pues hay más que volar el edificio y que den un salto a los infiernos?...

PRESO 1.º- ¡Vamos allá!... Y que al salir mañana el sol, no halle vivo a ninguno.

VOCES EN EL GRUPO.- ¡Ninguno ! (Se dirigen hacia la última calle de la derecha; de la inmediata sale corriendo Juan y se encara con, el preso 1.º)

Escena XIV

Dichos, JUAN.

JUAN.- ¡Favor!... ¡Favor!...

PRESO 1.º-¿Qué dices?

JUAN.- ¡Allí los traen!... Ahí... y entre ellos viene... ¡No dejéis, por Dios, que se derrame más sangre!...

PRESO 1.º- Pero explícate: ¿qué es lo que pasa?

JUAN.- Quieren aterrar al pueblo y los traen al suplicio...

PRESO 2.º- ¿Es posible?...

JUAN.- ¡Y tan posible como es!... Yo he venido corriendo por esa otra calle... Entre ellos viene aquel joven... Pobrecillo... Yo no lo he perdido ni un instante de vista...

PRESO 2.º- Sosiégate... No temas... ¿Consentiréis que esos malvados sacrifiquen más víctimas?...

ALGUNOS DEL PUEBLO.- ¡No!... ¡No!...

OTROS.- ¡Basta de horrores!...

TODOS.- ¡Basta!...

Escena XV

Dichos. Por otra calle de la derecha desemboca EL COMISARIO DEL TRIBUNAL con ROBERTO Y EL AGENTE DE POLICÍA, seguidos de algunos subalternos de dicho Tribunal y gendarmes, que traen en el centro a EDUARDO y a otros cuantos presos.

PRESO 1.º- ¿Aún estáis sedientos de sangre?...

HOMBRE 1.º- ¡Traedles una cuba llena, a ver si se hartan!...

COMISARIO.- Lo que queremos es que se cumplan las leyes... Dejad libre el paso...

VOCES EN EL GRUPO.- ¡Que los suelten!... ¡No más guillotina!...

COMISARIO.- Ya lo he dicho otra vez... ¡Paso!... ¡Paso!... (La gente se irá retirando poco a poco y de manera que pueda envolver al grupo que lleva los presos; de pronto se arrojan sobre él y las mujeres gritan a los gendarmes:) ¡Dejad a esos infelices!... ¡Dejadlos!... (Se interponen de suerte que no pueden hacer uso de las armas. Ellos permanecen indecisos, sin hacer caso de ellas. La gente del pueblo liberta a los presos, que se confunden entre la muchedumbre: sólo permanece Eduardo inmóvil, con la cabeza descubierta. El comisario del Tribunal y el agente de Policía desaparecen en medio del tumulto. Roberto, al irse, descarga con el sable desnudo un golpe en la cabeza de Eduardo.)

ROBERTO.- Tú no te salvarás... (Juan venía a colocarse al lado de Eduardo y dispara un pistoletazo sobre Roberto.)

JUAN.- ¡Toma tu merecido! (Roberto, herido mortalmente, va a caer entre bastidores. Alguna gente le sigue, gritándole: «¡Asesino!... ¡Asesino!...» Otros se dirigen hacia la última calle la derecha.)

Escena XVI

Dichos, menos EL COMISARIO DEL TRIBUNAL, EL AGENTE DE POLICÍA, ROBERTO y algunos gendarmes; otros se quedan entre la gente del pueblo y fraternizando con ella.

EDUARDO.- ¡Ay de mí!... (Juan le sostiene; un grupo de gente le rodea.)

MUJER 1.º- Toma... y atájale la sangre... (Alarga un pañuelo a Juan.)

EDUARDO.- No... No... Dejadla correr...

JUAN.- ¡Señorito!...

EDUARDO.- ¡Que se me quite peso!... Este peso que me está ahogando... ¡Así... Así..., que respire siquiera... (Mirando en rededor con asombro como volviendo en sí:) ¿Dónde estoy Dios mío?...

JUAN.- Soy yo... ¿No me conocéis? Juan... (Eduardo prorrumpe en lla y reclina la frente en su hombro.)

MUJER 1.º- ¡Pobrecillo!... Y esos malvados iban a asesinarle...

MUJER 2.º- Se conoce que tiene el alma traspasada de pena...

JUAN.- Llorad... Llorad cuanto queráis; así os desahogaréis... La señorita Matilde no decía más que eso; lo que necesita es llorar... ¡Qué contenta se va a poner!... Está libre... y muy cerca de aquí: está escondida con su padre...

EDUARDO.- ¡Y mi padre!... ¿Quién me restituye a mi padre?

JUAN.- Por Dios... No os aflijáis así... Vámonos de aquí cuanto antes...

EDUARDO.- ¡Mi padre!... ¡Mi padre!... ¡Me han asesinado a ¡ni padre!...

PRESO 1.º- No es tiempo de llorar su muerte, sino de vengarla...

EDUARDO.- Tienes razón... ¡Un arma!... ¡Un arma!...

PRESO 1.º- Aún están vivos los asesinos de tu padre...

EDUARDO.- ¡Un arma!... ¡Que sea yo primero que vierta su vil sangre!... (Coge la pistola que tiene Juan en la y corre precipitadamente hacía la calle de en medio, a la derecha de los actores; un grupo de gente le sigue.)

Escena XVII

Al ir ya cerca EDUARDO, desemboca por la misma calle el COMANDANTE GENERAL HENRIOT, y a su izquierda el COMISARIO DEL TRIBUNAL y el AGENTE DE POLICÍA; le siguen algunos gendarmes y gente de la ínfima plebe armada; por las demás calles del mismo lado del teatro salen también otros. EDUARDO se queda solo; los que le seguían retroceden y se colocan al otro lado de la plaza.

COMISARIO.- (A Henriot, señalando a Eduardo.) ¡Ese es uno!... ¡Ese!...

EDUARDO.- ¡Ya te conozco, infame! (Se adelanta hacia él y le dispara un pistoletazo, sin que salga el tiro. Algunos gendarmes se arrojan sobre él y hacen ademán de matarle.)

COMISARIO.- ¡No!... Dejadle con vida... para que se ejecute la sentencia...

HENRIOT.- ¡Al suplicio!...(El comisario del Tribunal y el agente de Policía se colocan al lado del grupo en que está Eduardo; la gente se dispersa buscando las bocacalles, y otros detrás de las puertas entreabiertas.)

VOCES DEL PUEBLO.- ¡Asesinos!... Malvados!...

HENRIOT.- (Al pueblo.) ¿Creéis atemorizarme con vuestra gritería?... (A los gendarmes.) ¡Hola! Despejad la plaza; y al que se resista hacedle mil pedazos... (Al comisario del Tribunal.) ¿Qué aguardáis ahí?... ¡El reo al suplicio!..., que yo castigaré a esta canalla.

VOCES EN LOS GRUPOS.- ¡Muera!... (Da algunos pasos hacia adelante, a tiempo que van a llevarse a Eduardo; éste le grita con tono inspirado:)

EDUARDO.- ¡Oye, detente, escucha!... Antes de veinticuatro horas tú y los otros malvados compareceréis ante el Tribunal de Dios... ¡Allí os aguardo!... (Suenan voces en toda la plaza, en calles y ventanas «¡Mueran!» Henriot se muestra como suspenso; se llevan a Eduardo; cae el telón.)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo